

artelka

Rupturas
en la
transición

«El objetivo de la transición española no era reforzar un marco nacional de forma abstracta. Al contrario, ese marco nacional no era más que la forma que adoptaba un proceso distinto, útil a la burguesía. El objetivo y el contenido de la transición era crear un marco favorable para llevar a cabo la acumulación del Capital, quitando de en medio la dictadura que sobraba a ese mismo proceso y arrancando con ello a los movimientos revolucionarios, en la forma en que hasta entonces se habían desarrollado, sus condiciones de existencia»

06

EDITORIAL

Arteka

La resaca de la transición

10



COLABORACIÓN

Dani Askunze

Lucha de clases en
la izquierda abertzale
en los años 70

30

COYUNTURA

Martin Goitiandia

El régimen del 78, la
democracia constitucional
y sus límites

36



ENTREVISTA

Arteka — Emilio Lopez Adan *Beltza*

**«El nacionalismo se
sobrepuso por completo
a la lucha social»**

50



COLABORACIÓN

Imanol Satrustegi

Compañeros al mismo lado de la barricada

La resaca de la transición



Hemos echado la mirada hacia atrás, hacia lo que se conoce como transición española. En primer lugar, para subrayar la necesidad de aprender de las experiencias del proletariado, que fue derrotado en aquella ocasión; en segundo lugar, para reivindicar la voz del proletariado que la derrota había acallado. Y es que suele ser habitual, en procesos históricos complejos, que los vencedores se constituyan en representantes de las reivindicaciones de los perdedores —y sólo en la medida en que es fructuoso ese proceso de subsunción pueden erigirse como ganadores—, simplificando para ello acontecimientos que fueron significativos y prósperos, hasta el punto de hacer desaparecer las aportaciones de los derrotados. Más aún en una transición de tal calado donde, a pesar de que una mirada superficial defiende que no cambiaron muchas cosas, cambió más de lo que se cree, a pesar de que hayan sido necesarias décadas para hacer aflorar de la manera más evidente las consecuencias reales de esos cambios en el seno de los movimientos revolucionarios.

Hay que decir que también en las miradas al pasado se suele acentuar la tendencia a la simplificación, a veces como consecuencia del disgusto que viene tras el fracaso, que nos hace pensar que, aunque no lo habíamos detectado, todo estaba perdido

Y es que suele ser habitual, en procesos históricos complejos, que los vencedores se constituyan en representantes de las reivindicaciones de los perdedores —y sólo en la medida en que es fructuoso ese proceso de subsunción pueden erigirse como ganadores—, simplificando para ello acontecimientos que fueron significativos y prósperos, hasta el punto de hacer desaparecer las aportaciones de los derrotados

Ya no hay nada de progresista en la estrategia democratizadora del movimiento interclasista, porque la democracia ha vencido. Han terminado los años previos a la transición y los que siguieron inmediatamente a la misma. Pero no se ha acabado, en ningún caso, la resaca de la transición. Todavía nos aparece en el fantasma del "régimen del 78", que muchos quieren rescatar, porque ahí encuentran, inevitablemente, en esos anacrónicos fundamentos, la legitimación de su estrategia

desde el inicio mismo. Pero otras veces porque se obvia la complejidad de la situación, o porque la mirada actual olvida que, de alguna manera, lo vivido hasta hoy quizá no era inevitable vivirlo, pero que estamos aquí porque lo hemos vivido. A los que han luchado, el respeto es lo mínimo que se les debe. Pero también extender este principio a los cuatro vientos: la crítica no significa en absoluto supremacía moral, la crítica es imprescindible para dar sentido político al fracaso, es decir, para aprender de la historia y emprender la lucha partiendo de ella.

Y es que no se puede negar, por mucho que esté agotada, que lo que fue la izquierda abertzale, que hoy algunos quieren simplificar, ha tenido un papel histórico importante. Pero ese papel, y su valor, sólo puede ser reivindicado en relación con un contexto histórico determinado. Y quienes todavía quieren mantener sus fundamentos estratégicos, aun habiéndose agotado ese contexto, no son en absoluto portadores de la esencia de nada, sino del dogma, que lejos de reconocer su valor a un movimiento histórico, lo agotan por medio de una caricaturización anacrónica.

Ya no hay nada de progresista en la estrategia democratizadora del movimiento interclasista, porque la democracia ha vencido. Han terminado los años previos a la transición y los que siguieron inme-

diatamente a la misma. Pero no se ha acabado, en ningún caso, la resaca de la transición. Todavía nos aparece en el fantasma del "régimen del 78", que muchos quieren rescatar, porque ahí encuentran, inevitablemente, en esos anacrónicos fundamentos, la legitimación de su estrategia. Si no es democracia, si persiste la dictadura autocrática, entonces está justificada la estrategia del movimiento nacional interclasista, que tiene como objetivo la democratización de las estructuras estatales burguesas.

Lamentablemente, a pesar de su evidente carácter autoritario, ésta es, formalmente, la «democracia universal», o la democracia que está en boca de todos, que no es más que la forma de mando de masas de la burguesía. Y no aceptar este principio, es decir, no reconocer que la dictadura de la burguesía que vivimos es la democracia, alarga la era de la transición, que ya no sostiene la burguesía gobernante, sino que su fracción pequeñoburguesa que cae en el progresismo, quien encuentra en ese anacronismo la posibilidad de convertirse en estado, pero sólo bajo la forma de estado independiente, ya que sólo en naciones oprimidas puede encontrar una amplia masa que pueda dar adscripción a su programa democrático-estatalista. No es casualidad, por tanto, que el movimiento democrático burgués encuentre en Euskal Herria o Cataluña



Y es que, si el contenido de la transición era perpetuar la unidad nacional española, basada en la negación de la democracia y el favor de unas élites aristocráticas constituidas durante el franquismo, la ruptura de esa unión ha de resultar necesariamente en una confrontación con esas élites. Pero lo que obvia tal lectura no es el hecho de que haya una figura social que ejerce el poder, sino que la forma que adquiere la misma, la cual se desarrolla indistintamente, a sus ojos, bajo la forma de una dictadura directa o una mediada por la forma democrática

su base más sólida, pues se encuentra directamente identificada la liberación de un pueblo con la forma estatal burguesa, y esto, es decir, convertirse en estado, sólo puede asociarse de manera amplia y simple con el ejercicio real de la democracia.

Así pues, mirar atrás es como mirar hacia delante. Y es que este tipo de debates nos mantienen enquistados en aquella época. Seguramente, deberíamos buscar en la transición el pecado original, que hoy se ha convertido en fruto envenenado. Fue una época próspera en el seno de los movimientos revolucionarios: son a destacar los debates diversos, la proliferación de organizaciones y la clarificación parcial de posiciones, entre otros. Sin embargo, las resoluciones a los nudos, que aún hoy aparecen como resoluciones inamovibles, permitieron la prolongada transición que se desarrolló en las décadas posteriores, hasta su completo cierre, con el aliento final de los movimientos políticos rivales de la época.

Lo que se quiere decir es que, si la transición ha cumplido su función, al menos desde el punto de vista de la subordinación del proletariado, ha sido porque se ha prolongado durante décadas y ha influido en los movimientos que estaban vigentes en sus años iniciales, y en el posterior desarrollo de los mismos. Es decir, la transición, conocida como la trampa que se organizó en un momento dado, no ha desplegado toda su potencia hasta décadas después, y su principal logro ha sido organizar a los movimientos políticos que se le oponían bajo sus principios y objetivos, lo que implica el cierre de la vía revolucionaria, mediante la apertura de la vía democrática burguesa.

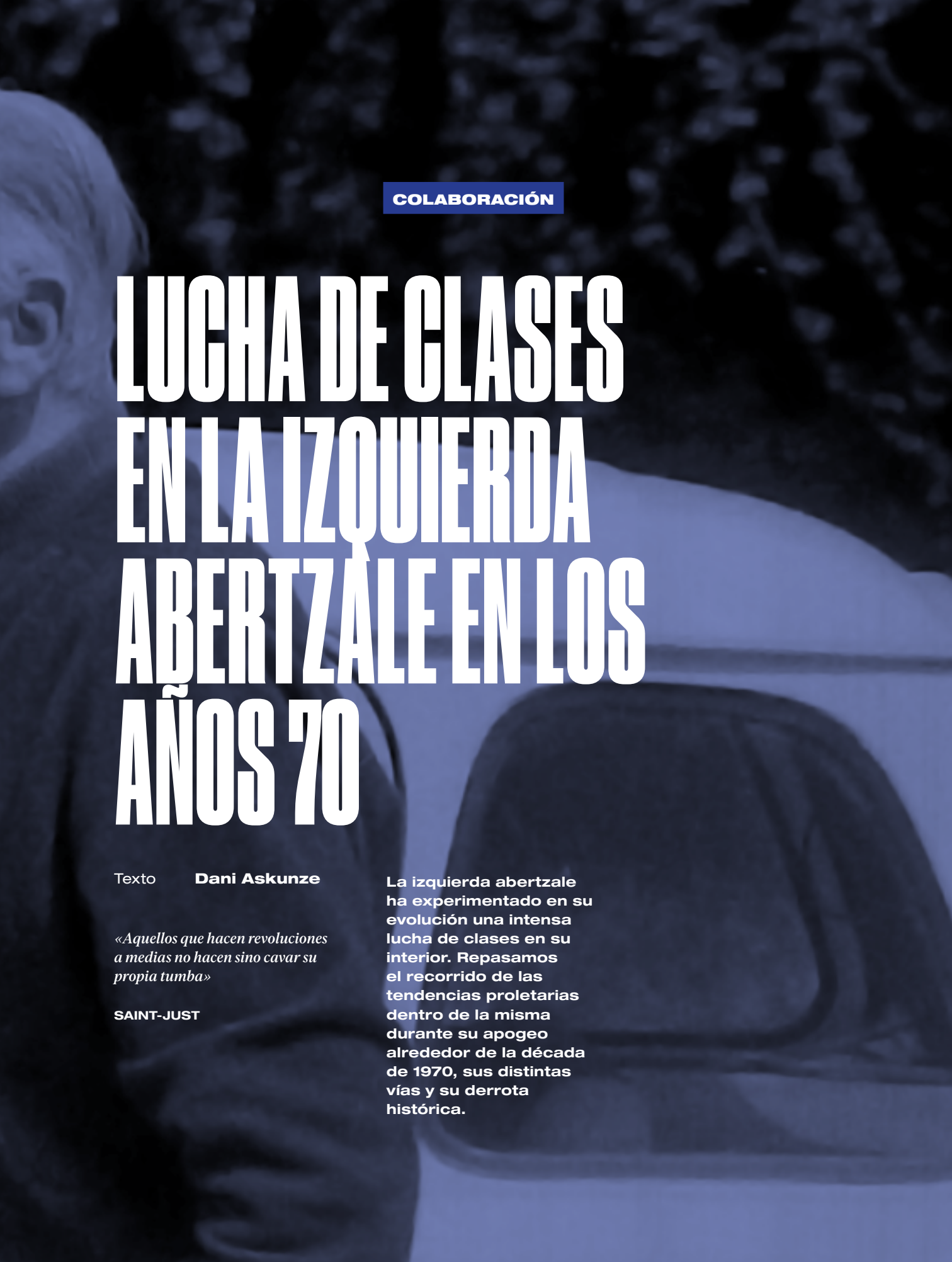
El objetivo de la transición española no era reforzar un marco nacional de forma abstracta. Al contrario, ese marco nacional no era más que la forma que adoptaba un proceso distinto, útil a la burguesía. El objetivo y el contenido de la transición era crear un marco favorable para llevar a cabo la acumulación del Capital, quitando de en medio la dictadura que sobraba a ese mismo proceso y arrancando con ello a los movimientos revolucionarios, en la forma en que hasta entonces se habían desa-

rollado, sus condiciones de existencia. Por lo tanto, en ese momento histórico concreto, en el que se iba a condicionar el desarrollo de las próximas décadas, lo que estaba en juego era la capacidad de adaptarse a la nueva realidad. Esta capacidad debía garantizar la estrategia revolucionaria, es decir, la renovación del movimiento revolucionario. Hoy, echando la vista atrás, se puede decir que fue entonces, en ese momento determinado, cuando se tomó el camino equivocado, lo que ha condicionado el fracaso de las últimas décadas.

Ese fracaso ha sido ideológico y político. Ideológico porque el proletariado perdió posiciones tras el debate dado en el contexto de la transición, y aun hoy se encuentra subordinado a una ideología que no le pertenece. Político porque, como consecuencia de ello, la forma organizativa de masas que se ha ido desarrollando ha portado en su seno la negación de la emancipación de clase, y su sustitución por la liberación democrática, realizada por las llamadas clases populares, a una escala nacional determinada.

Y es que, si el contenido de la transición era perpetuar la unidad nacional española, basada en la negación de la democracia y el favor de unas élites aristocráticas constituidas durante el franquismo, la ruptura de esa unión ha de resultar necesariamente en una confrontación con esas élites. Pero lo que obvia tal lectura no es el hecho de que haya una figura social que ejerce el poder, sino que la forma que adquiere la misma, la cual se desarrolla indistintamente, a sus ojos, bajo la forma de una dictadura directa o una mediada por la forma democrática. Ese fue el punto nodal en el que se separaron el movimiento revolucionario y el reformista, y a partir del cual fue desmantelado el primero, perdiendo junto con su independencia ideológica la independencia política que posibilitaría su desarrollo en partido comunista, en el contexto ya renovado de la democracia capitalista que surgía tras la transición. /





COLABORACIÓN

LUCHA DE CLASES EN LA IZQUIERDA ABERTZALE EN LOS AÑOS 70

Texto **Dani Askunze**

*«Aquellos que hacen revoluciones
a medias no hacen sino cavar su
propia tumba»*

SAINT-JUST

La izquierda abertzale ha experimentado en su evolución una intensa lucha de clases en su interior. Repasamos el recorrido de las tendencias proletarias dentro de la misma durante su apogeo alrededor de la década de 1970, sus distintas vías y su derrota histórica.

Si la historia de toda sociedad es una historia de lucha de clases, la historia de la izquierda abertzale no es una excepción. Así, el convulso ciclo que agitó el mundo en las décadas de 1960 y 1970, tanto en la periferia capitalista como en el corazón del centro imperialista, tuvo su expresión en Euskal Herria y a su vez en la izquierda abertzale, como corriente que enraizó fuertemente en la misma. Izquierda abertzale en minúsculas, en un sentido amplio, como espacio en un primer momento circunscrito a las siglas de Euskadi Ta Askatasuna (ETA) y luego más allá de ellas, que comenzaba a mostrar una gran capacidad tanto de influenciar los cambios sociales en curso como de alimentarse de ellos. Lo cual conllevó un gran dinamismo político tanto hacia afuera como dentro de sí misma, fruto de la fase de formación y definición ideológica que experimentaba por aquel entonces. Es éste último aspecto interno al que nos acercaremos.

Antes de entrar al desarrollo de la cuestión, es necesario realizar algunas aclaraciones conceptuales y de método. Por un lado, quedan fuera de éste análisis aquellas corrientes que ligaron su voluntad de convertirse en organizaciones de clase a evoluciones estratégicas *estatalistas* (ETA-berri, ETA-VI, Células Rojas...). Así pues, nos centraremos en el desarrollo de aquellas tendencias proletarias que sin embargo mantuvieron una estrategia independentista. El objeto de análisis será por tanto, la pugna por la dirección proletaria no ya del movimiento nacional en general sino de la izquierda abertzale en particular. Esto es, la lucha entre dos componentes y por tanto dos intereses de clase distintos —proletariado y pequeña burguesía— dentro de un mismo movimiento de carácter popular. Carácter popular de la izquierda abertzale referido a su base social y militante, pero sobre todo a los que serán definitivamente su contenido político —*interclasista*— y su hipótesis estratégica —*etapista*—.

Por otro lado, el periodo elegido no es casual. Elegimos la década de 1970

en un sentido no estricto, en pleno ciclo sesentaiochista y concretamente del momento posterior a la segunda parte de la V Asamblea de ETA en 1967, llegando de manera más difusa hasta las puertas de los 80, con el encarrilamiento de la transición. Tomamos pues la V Asamblea como punto de partida de todo un ciclo de gran complejidad, relativizando y negando pues la visión simplista y petrificada de ésta como fin de la historia en cuanto a clarificación teórico-política de la izquierda abertzale, mitificación desgraciadamente extendida, ya sea por desconocimiento o de manera interesada. A su vez, cerramos el periodo en el momento en el que la vitalidad de dichos debates languidece y éstos se van cerrando de facto, fruto de la derrota de las posturas proletarias.

Por último, conviene recordar que la cuestión del carácter de clase discurre no ya paralela, sino entrecruzada con otros debates clásicos de la época como son nacionalismo/socialismo, activismo armado/lucha de masas, centralismo/anarquismo organizativos, o las distintas perspectivas estratégicas, fruto de distintas valoraciones de la coyuntura y las condiciones de lucha. Lo mismo ocurre con el contexto económico, social y político de la época. Asumimos no poder tratar todas estas cuestiones por razones de concreción y formato, teniendo en cuenta que es-



El objeto de análisis será por tanto, la pugna por la dirección proletaria no ya del movimiento nacional en general sino de la izquierda abertzale en particular. Esto es, la lucha entre dos componentes y por tanto dos intereses de clase distintos —proletariado y pequeña burguesía— dentro de un mismo movimiento de carácter popular



tarán ahí continuamente, para lo cual ya existen materiales. Nos centraremos en la cuestión de clase, en ocasiones menos perceptible y conocida que las otras, pero determinante y merecedora de un estudio pormenorizado, lo cual supera por mucho las posibilidades de éste humilde artículo, que si acaso pretende llamar la atención sobre ello.

LA V ASAMBLEA Y EL FRENTE OBRERO

Han pasado décadas desde la celebración de la V Asamblea de ETA y aún seguimos a vueltas con ello. Su peso como mito en la psicología colectiva de la izquierda abertzale es innegable, lo cual no niega al mismo tiempo su relevancia política real —ni la citada necesidad de su relativización—. Sus resoluciones suponen la culminación del giro a la izquierda que venía dando la organización, definiéndose como Movimiento Socialista Vasco de Liberación Nacional, en su voluntad de compaginar nacionalismo y socialismo, racionalizándolo ideológicamente mediante el llamado *nacionalismo revolucionario*, de claras reminiscencias tercermundistas, e identificándolo con el internacionalismo proletario.

Según dicha visión, se argumentará al estilo maoísta que si bien la contradicción fundamental es aquella entre la burguesía y el proletariado, la contradicción *principal* se dará en cambio entre la oligarquía y el *pueblo*, como conjunto de sectores sociales no exclusivamente proletarios —desde la pequeña burguesía hasta la burguesía *nacional* no oligárquica— oprimidos e incluso explotados por ella. Por ello, la revolución socialista será mediada necesariamente por una etapa previa, la revolución popular. Esto se apoyará en diversos factores: la noción de capitalismo monopolista, el mimetismo con los frentes de liberación de las experiencias anticoloniales, el hecho de encontrarse de facto ante el enemigo común del franquismo, o la histórica importancia relativa de la pequeña burguesía en la sociedad vasca y la crisis

de la sociedad tradicional, ambos decisivos en el desarrollo del nacionalismo radical.

Y es que esta concepción popular antioligárquica, común a otros contextos, se verá agudizada por el hecho de darse en un contexto de opresión nacional. El hecho de que la oligarquía —incluida la autóctona— se identifique con el Estado español y a la nación vasca oprimida con el pueblo, convertirá a la primera en extranjera y a la lucha de liberación nacional en objetivamente revolucionaria. Por ello, la pretendida superación dialéctica de la dualidad liberación nacional-social se resolverá poniendo el peso de la moneda en su cara nacional, que actuaría como catalizador. Así pues, *la lucha de clases tomará la forma de lucha de liberación nacional* e independencia nacional será sinónimo de democracia popular. Para ello, la herramienta elemental será durante bastante tiempo el Frente Nacional.

Sin embargo, incluso dando por buena esta concepción interclasista y etapista, al concretarla aparecerá una y otra vez la contradicción creciente con el elemento proletario, con intereses comunes pero no idénticos, que no renunciará a la lucha de clases entre vascos y no se resignará a ser a un convidado más a dicho conglomerado de clases, sino que ejercerá de motor de la globalidad de la lucha. Así, en la V Asamblea se señalará cómo el proletariado «objetivamente es la clase más revolucionaria y en Euzkadi la más numerosa»¹, situándolo por tanto como clase universal y garante del proceso revolucionario. El desarrollo de éste precepto será el caballo de batalla de los sectores proletarios.

Paralelamente a la clarificación ideológica, hay otros dos elementos clave en las resoluciones de la asamblea, el estratégico y el organizativo². Por un lado la reafirmación estratégica insurreccional con referencias argelinas de la espiral acción-reacción-acción y no sólo ello, sino su puesta en práctica muy poco después. Y por otro un es-





J. Uriarte, Fondo Egin



Fondo Keystone



ZUTIK-Askatasuna ala Hil,
publicación externa de ETA-V



GATAZKA, publicación de línea nacionalista
revolucionaria, editada por el grupo
de exiliados de ETA-V en Bélgica

El F.O. se arrogará una función política de primer orden como es «asegurar la dirección de clase en el movimiento nacional vasco»

quema organizativo frentista, basado en los cuatro frentes del vietnamita Truong Chinh: político, militar, cultural y económico.

Sin embargo, dicho cuarto frente pronto sufrirá modificaciones. El Frente Económico tal y como estaba concebido respondía a la organización de la infraestructura económica necesaria para sostener y ganar una guerra de liberación. La falta de operatividad de dicha concepción en el contexto vasco coincidirá con un intenso proceso de proletarianización –tanto de autóctonos como de inmigrados– con el consiguiente crecimiento de un nuevo movimiento obrero. La pujanza de las luchas obreras influenciará a ETA, escorándola hacia la izquierda y mostrándole más claramente el potencial político de la clase obrera. Por ello, pronto el Frente Económico se resignificará como Frente Obrero (F.O.), cuyos militantes participarán en la dinámica de las Comisiones Obreras de la época.

Ahora bien, la importancia política del F.O. superará por mucho la mera lucha sindical y el proselitismo en dicho ámbito, los cuales resultarán por otra parte bastante limitados en todo momento. Así, el F.O. se arrogará una función política de primer orden como es «asegurar la dirección de clase en el movimiento nacional vasco»³. Asumiendo además que el «Frente Nacional o lo dirige el proletariado o no hay Frente Nacional», ya que «sólo el proletariado es capaz de ofrecer opciones

políticas, soluciones reales a la lucha de Liberación Nacional»⁴. De esta manera ETA reafirma su carácter popular, al mismo tiempo que los sectores proletarios van tomando perfil propio. Esto es, revolución popular, sí, pero medianamente una dirección de clase.

Sin embargo, éste proceso distará mucho de dibujar una línea recta. Con la celebración de la VI Asamblea en 1970 en Itsasu, se producirá la escisión entre ETA-VI y ETA-V y la dimisión de las Células Rojas, lo que abrirá el periodo más complejo en la historia de la organización durante los dos años siguientes. Los vaivenes en las posturas y en los propios militantes así lo demuestran. No es mi intención entrar a toda la problemática de la escisión y sus pormenores, para lo cual ya existen materiales disponibles, por lo que me limitaré a seguir la pista de quienes de hecho se mantuvieron en las coordinadas de la V Asamblea, y especialmente en el ala izquierda de estos.

RETOMANDO Y DESARROLLANDO LAS TESIS DE LA V ASAMBLEA

Como decía, en el periodo inmediatamente posterior a la escisión reinará el desconcierto y las evoluciones de cada facción se darán lentamente. De hecho, ni ETA-VI planteará de golpe una estrategia estatista nítida –ni se adherirá su dirección aún al trotskismo–, ni ETA-V defenderá exactamente las tesis de la V Asamblea, situándose en un primer momento a la derecha de las mismas. Sin embargo, habrá quienes posicionados entonces en un lado u otro, desarrollen por su cuenta las tesis que venían tomando cuerpo desde la anterior asamblea.

Así, ETA-V, la cual se había afirmado como negación del españolismo de ETA-VI, exacerbó dicho antiespañolismo y rechazó generalizadamente sus posiciones, aliándose incluso para ello con sectores ajenos a la organización. Es la conocida como etapa Askatasuna

ala hil, por el subtítulo de su publicación *Zutik*. Sin embargo, mientras tanto una minoría de militantes exiliados en Bélgica animada por Federico Krutwig entre la que sobresaldrá Emilio López Adán *Beltza* retomará la línea nacionalista revolucionaria e internacionalista y emprenderá la publicación de *Gatzka*. Plantearán el Frente Nacional como «sitio de unidad y de lucha entre las clases participantes», que «no significa el abandono de la lucha específica de los comunistas». Así pues entenderán que «el proletariado vasco está cruzando el umbral de la línea política» y que «crear ese partido es un problema actual»⁵. Alertarán ya del peligro de que dicho frente se convierta en un instrumento de la pequeña burguesía si «se impidiera la existencia de un Partido obrero independiente, exigiéndose la sumisión de todos a un único órgano político» y afirmarán que el papel dirigente del proletariado «ha de agudizarse y esto, en la práctica, toma la forma de creación de un partido obrero autónomo del partido socialista vasco»⁶.

Sin embargo, estos documentos tendrán una influencia muy limitada y representarán a una parte muy pequeña de su organización. El que sí será célebremente conocido será el Documento firmado por los presos que estaban siendo juzgados militarmente con condenas a muerte en el célebre Proceso de Burgos. Originalmente fue planteado como una carta a la dirección de ETA-VI, con la que se posicionaban –desconociendo la evolución que se estaba produciendo en ella–, y criticaban agriamente a los firmantes del Manifiesto de ETA-V. Sin embargo, la relevancia de su contenido, el cual venía a desarrollar las tesis de la V Asamblea hacia la izquierda, sobrepasaba y mucho la polémica organizativa del momento. Ejemplo de ello es que acabará siendo asumido oficialmente por la propia ETA-V y publicado posteriormente en su *Zutik*. Por su extensión y profundidad merece ser leído aparte.

Allí caracterizarán al Frente Obrero como «el primer embrión de lo que será el Partido de los Trabajadores Vascos (en que deberá inevitablemente convertirse ETA)» y se opondrán a que los acuerdos de la V Asamblea «sean tomados como algo monolítico y concluido, esterilizando con ello el necesario desarrollo de los mismos»⁷. En otro documento posterior ya crítico con ETA-VI, firmado por Zalbide, Onaindia y Uriarte, se negará la posibilidad de «lograr primero la unidad del proletariado desde fuera de la lucha real»⁸, asumiendo que el propio desarrollo de la propia revolución popular alumbraría la organización proletaria independiente.

El comunismo heterodoxo con tintes cada vez más libertarios de *Gatazka*, y el marxismo-leninismo explícito de los presos de Burgos, resultarán vías paralelas que ponen sobre la mesa un punto clave: la cuestión de la dirección proletaria, es decir, de su independencia, será ya la cuestión del Partido. Y especialmente en el caso de los segundos, dichos planteamientos se adoptarán formalmente por la organización. La cual mientras tanto irá superando su crisis, recuperando la legitimidad histórica de la V Asamblea, integrando las críticas, dejando de lado los intentos de Frente Nacional, ganando militancia y sobre todo, reanudando el activismo armado. Esto hará que ETA-V pronto vuelva a ser reconocida como ETA a secas.

Nos situamos ya en la época en la que la organización escore formalmente sus posturas más a la izquierda. Así, según sus principios ideológicos *mínimos* (sic) en 1972 «son precisamente el proletariado y sus vanguardias las que no deben permitir que la pequeña burguesía se haga con la dirección de la lucha de liberación nacional porque abortarían así el proceso revolucionario, convirtiendo la revolución proletaria en un reformismo pequeño burgués»⁹. Pero será sobre todo una época de grandes contradicciones, en las que coexistirán el secuestro de Zabala¹⁰ —un empresario vasco e incluso

vasquista— con la entrada en tromba de los centenares de militantes de EGI-Batasuna, organización disidente del PNV que ya venía prestando su aparato a ETA.

Llegamos así a la VI Asamblea —esta sí, reconocida por ETA-V— celebrada en Hazparne en 1973. En sus conclusiones se afirmará que «ETA quiere llegar a constituir la vanguardia de nuestra clase, la clase trabajadora, y, a través de ella, de todo el pueblo»¹¹. En dicha asamblea se aprobará también un texto de indudable interés visto desde hoy pero que sin embargo pasó entonces bastante desapercibido, *Por qué estamos por un Estado Socialista Vasco*, en el que se reafirma la lucha con «una perspectiva revolucionaria de clase, desde la perspectiva más consciente y auténticamente revolucionaria: la comunista»¹², el cual fue obra al parecer del joven Eduardo Moreno Bergaretxe, *Pertur*.

Si hasta ahora hemos sacado a la luz algunas de las referencias más a la izquierda de la organización, es igual o más necesario relativizar su relevancia real más allá del papel. ¿Qué consecuencias prácticas tuvo todo esto? ¿Había realmente una hegemonía proletaria dentro de la organización? ¿Se puede hablar ya de una organización comunista? Visto el desarrollo posterior, podemos negar la mayor. Si algo caracterizó esta época fueron los procesos contradictorios y en definitiva el confusionismo ideológico. La radica-

¿Había realmente una hegemonía proletaria dentro de la organización? ¿Se puede hablar ya de una organización comunista? Visto el desarrollo posterior, podemos negar la mayor

SUGARRA,
publicación de LAIA





lización en la definición socialista de la organización o las disquisiciones teóricas por parte de ciertas minorías, serán toleradas por los dirigentes militares –poco interesados en la teoría, de la cual desconfían– en la medida en que no obstaculicen la práctica armada ni nieguen el nacionalismo, pero no serán asumidas mayoritariamente ni tendrán una aplicación como tales. ETA seguirá siendo una organización popular con una definición socialista calculadamente ambigua, que afirma querer ser proletaria. Pero el proceso de conversión en una organización de tal carácter estará lleno de obstáculos y efectivamente nunca llegará a producirse. De hecho, esta será una de las razones que provocará nuevas rupturas y abrirá la veda de la cuestión del Partido más allá de las siglas ETA a través de nuevas vías.

DEL FRENTE OBRERO A LAIA

Llegados a 1974, el ascenso del movimiento de masas que avecinará el principio del fin del franquismo provocará distintos posicionamientos en el seno de ETA. Pero más allá de la reacción a los planteamientos estratégicos y organizativos que subordinaban al FO a la actividad armada, se agudizará un problema político de fondo: el del propio carácter de clase de la organización.

Una parte de los militantes del FO venían asumiendo que «en ETA han triunfado las influencias pequeño-burguesas» y daban por perdido que ésta se constituyera en «Partido obrero y comunista patriótico vasco», asumiendo que «dada la correlación de fuerzas

en el seno de ETA, un cambio de toda la organización en éste sentido parece prácticamente imposible»¹³. En una asamblea celebrada en Domintxaine se fundará ese mismo año LAIA, *Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia*, donde al núcleo de militantes del FO de Gipuzkoa se le sumarán algunos otros del Frente Cultural, del propio Frente Militar o del grupo *Gatazka*. LAIA será el fruto de la última escisión por razones ideológicas en ETA. Y será una escisión por la izquierda entre independentistas, en la que serán los comunistas quienes decidan abandonar la organización viéndose incapaces de influir ya dentro de ella. El objetivo de su creación será «cubrir el vacío y la inexistencia de una organización que luche por los intereses del proletariado de Euskadi»¹⁴. Como pioneros en esta tarea, fueron un referente comunista vasco de primer orden.

Sin embargo, LAIA arrastrará problemas estructurales desde un principio. Uno será la precariedad organizativa que le supone el hecho de localizarse casi exclusivamente en ciertas comarcas guipuzcoanas –Debabarrena, Urola, Goierri–. Otro, su limitada coherencia interna, fruto de la heterogeneidad ideológica de su militancia, lo cual pronto le supondrá nuevas rupturas que trataremos más adelante. Pero la principal será su relación simbólica con la propia ETA. A diferencia de otras organizaciones políticas de la izquierda abertzale que irán surgiendo en la época más o menos patrocinadas o directamente creadas por las distintas ramas de ETA, LAIA nacerá no como continuidad sino como ruptura con ella, lo

LAIA nacerá no como continuidad sino como ruptura con ella. [...]. Las alianzas frustradas y la propia evolución posterior de la izquierda abertzale le dejará cada vez un menor espacio político hasta su crisis definitiva. En resumen, LAIA quedará como un pequeño partido obrero con grandes ambiciones, lejos en todo caso de convertirse en el *Partido*.

cual le privará de su prestigio y la limitará a sus escasas fuerzas propias. Esto no será sino un reflejo de la debilidad real de los sectores proletarios desde un principio. Las alianzas frustradas y la propia evolución posterior de la izquierda abertzale le dejará cada vez un menor espacio político hasta su crisis definitiva. En resumen, LAIA quedará como un pequeño partido obrero con grandes ambiciones, lejos en todo caso de convertirse en *el Partido*.

LA MALOGRADA UNIDAD ENTRE MILIS Y POLIMILIS

Poco después de la escisión de LAIA, los distintos planteamientos organizativos y estratégicos desencadenarán una nueva ruptura en el seno de la organización, en cuyas causas no se encuentran a priori razones ideológicas. Así pues, parte del Frente Militar liderada por Txomin Iturbe y José Miguel Beñaran *Argala* —un *rara avis* entre los *milis* de los cuales será estrategia, que hereda su formación marxista de su paso por ETA-VI— se escindirá en 1974 formando ETA militar, y el grueso de la organización pasará a conocerse como ETA político-militar.

En su *Agiri* fundacional¹⁵, ETA (m) desechará ya la posibilidad insurreccional y la organización frentista, anticipando la llegada de la democracia burguesa y planteando una estrategia de mínimos en la que la lucha armada será «el único elemento verdaderamente inasimilable por la burguesía». Reconocerá la existencia de «un heterogéneo conglomerado de grupos y personalidades, cuyo común denominador es la reivindicación de la total independencia de Euskadi reunificada y de un socialismo aún sin definir», que estará unido más por «afinidad de métodos y estrategias» que por «identidad ideológica», identificando en todo caso «dos líneas ideológicas, la social humanista y la marxista». Como organización separada exclusivamente militar, se abstendrá en un principio de intervenir en política civil, limitándose a apoyar los intentos de autoorganiza-



Agiri de ETA militar, noviembre de 1974

ción que se den en todo ese espacio de izquierda abertzale de cara a la Constitución de un frente popular independentista. Pronto definirá sin embargo «la necesidad de un partido de la clase obrera» ya que si «dentro de un frente antioligárquico participan fundamentalmente fuerzas de la burguesía popular y de la clase obrera», concluirá que «una de las dos clases habrá de llevar la dirección de la lucha»¹⁶.

Pese a la divergencia de criterios inicial, ETA (pm) irá modulando su modelo organizativo acercándose parcialmente a las concepciones *milis* sobre la separación entre las luchas armada y de masas. Esto lo formulará mediante el concepto de *desdoblamiento* y la creación de un partido revolucionario, desarrollado en la conocida como Ponencia *Otsagabia*¹⁷ que quedará como testamento político en clave comunista del recién desaparecido Pertur. Así llegamos a la VII Asamblea de ETA (pm) en 1976, en la que se dará el punto de mayor cercanía entre *milis* y *polimilis* —para desasosiego de su facción *berezi* que quedaría fuera de juego—, así como el del más nítido posicionamiento de ETA (m) a favor de la creación de un partido de clase. De hecho Txomin y Argala estuvieron invitados a la reu-



Por un momento se verá posible pues la reunificación de las dos ETAs y la unidad de la izquierda abertzale en torno a la dirección de un partido revolucionario de clase



Punto y Hora de Euskal Herria, 147 (1979)



nión, realizando aportaciones en ella¹⁸. Asimismo, las conclusiones de dicha asamblea fueron publicadas y aplaudidas en el propio *Zutik* de la rama militar¹⁹. Se verá posible pues la reunificación de las dos ETAs y la unidad de la izquierda abertzale en torno a la dirección de un partido revolucionario de clase.

Sin embargo, ya el año siguiente aflorarán los problemas de la ansiada unidad²⁰. El conflicto interno entre la dirección de ETA (pm) y Komando Bereziak, quienes ya antes opuestos a *Otsagabia* acusan ahora a la primera de traición y liquidacionismo por las negociaciones que mantiene con el Estado, acabará en escisión vía expulsión mutua. Paralelamente, la apuesta por la participación electoral sin condiciones de los *polimilis* pese al acuerdo existente entre las fuerzas participan-

tes en KAS (Koordinadora Abertzale Sozialista), hará saltar por los aires la unidad de la coordinadora. Había de hecho diferencias de fondo entre *milis* y *polimilis*, tanto en su concepción de la lucha armada —ofensiva y de vanguardia para los primeros, disuasoria y de retaguardia para los segundos—, como de la estrategia frente a las nuevas instituciones de la Reforma —negación de la mismas y en todo caso participación condicionada para los *milis*, aprovechamiento de todas sus posibilidades para los *polimilis*— así como en la propia concepción de KAS. De esta manera se frustrará la unidad de la izquierda abertzale, consolidándose dos campos en torno a cada rama de ETA. Paradójicamente, *milis* y *berezis*, ahora cada vez más cercanos, culminarán su fusión en el mismo 1977. Paralelamente, ETA (m), de nuevo ETA a secas, se reforzará

militar y políticamente a la par que se aleja definitivamente de toda veleidad propartido.

EIA, DEL LENINISMO A LA SOCIALDEMOCRACIA

Sin embargo merece la pena detenerse en el fruto del desdoblamiento de ETA (pm) que desembocó en 1977 en la creación de EIA, *Euskal Iraultzarako Alderdia*. Y es que de las distintas vías a la creación del Partido, la *polimili* ha sido probablemente la que más desarrollo tuvo, al menos en el plano teórico. Si en *Otsagabia* se definía la necesidad de la creación de dicho partido, éste quedaba aún escasamente definido. Esta definición se dará en la siguiente fase al desdoblamiento, el *reagrupamiento*, y lo hará en términos leninistas relativamente ortodoxos. Su documento de referencia será *Arnasa*, donde se harán



Mikel Alonso, del libro *La calle es nuestra*

La temprana deriva oportunista del conjunto político-militar impidió poder comprobar el posible desarrollo que habría tenido una EIA en clave revolucionaria. No fue un exceso de comunismo lo que la desvió, sino la falta de aplicación del mismo

también interesantes aportaciones en el marco teórico de la izquierda abertzale para la nueva coyuntura. Lo cual se complementará en su *Manifiesto* repartido en la presentación de Gallarta, donde contundentemente «EIA viene a romper con el “populismo” siempre latente en la línea política e ideológica de ETA, para adoptar finalmente una rotunda y clarísima definición de clase» como «un partido obrero abertzale en el camino hacia la construcción del partido revolucionario de los trabajadores de Euskadi»²¹.

En *Arnasa* se matizará el concepto de revolución popular y su carácter de clase, diferenciándolo de la problemática de los países con un campesinado masivo que obliga a una «alianza campesinado-proletariado como clases diferenciadas». Así pues, se refiere a que la revolución ha de ser «protagonizada

por las clases populares, pero no puede ser otra cosa que una revolución socialista, no sólo porque está dirigida por la clase obrera, sino porque éste bloque de clases populares está integrado casi en su totalidad por asalariados y se encuentra en proceso de proletarianización»²². Consecuentemente con la caracterización de la actual fase como democracia burguesa, se planteará que la única revolución pendiente será ya la socialista. El paso de la dictadura a la democracia formal invertirá el peso de los factores coerción-consenso, lo que obligará a un aprovechamiento de los cauces legales aceptados por la mayoría, sin «entregarse por completo y en exclusiva» a ellos, vigilando los peligros del reformismo y potenciando órganos de «poder popular».

Sin embargo, pasando del plano teórico al práctico, por todos es conocida

precisamente la rápida evolución reformista de éste sector, cuyas referencias hegemónicas cercanas al eurocomunismo cosecharon la conocida bancarrota. Y es que la instrumentalización leninista de la tribuna parlamentaria ensayada por el *outsider* Francisco Letamendia 'Ortzi' en nombre de Euskadiko Ezkerra fue sustituida por el posibilismo y la institucionalización e integración definitivas, echando por tierra los principios de *Otsagabia*. Sería injusto sin embargo responsabilizar de ello a los comunistas que se mantuvieron en sus posiciones originales, que los hubo, y de hecho fueron defenestrados y marginados por ello, como es el caso del juzgado en Burgos Gregorio López Irasuegui o Iñaki Maneros. De hecho, su peso político en la primera EIA fue circunstancial, ya que no existía una correlación de fuerzas real a su favor. La asunción de las tesis comunistas era en efecto minoritaria y no tenía una correspondencia en las bases —meramente atraídas por el prestigio de ETA— ni tampoco en una dirección con pretensiones muy distintas, ya con el otsagabiano Javier Garayalde 'Erreka' pero sobre todo tras el desembarco de los extrañados con Onaindia a la cabeza. La temprana deriva oportunista del conjunto político-militar impidió poder comprobar el posible desarrollo que habría tenido una EIA en clave revolucionaria. Así pues, no fue un exceso de comunismo lo que la desvió, sino la falta de aplicación del mismo.

LA AUTONOMÍA: COMUNISMO ANTI-PARTIDO

En el polo ideológico opuesto del disperso campo comunista se situaron los autónomos. Ya en 1976, fruto de los distintos posicionamientos en torno a la Alternativa KAS como salida táctica para el final del franquismo, se alumbrarán las diferencias ideológicas y estratégicas que venía arrastrando LAIA en su seno, dando lugar a una nueva escisión. LAIA (ez) evolucionará hacia posturas autónomas, y LAIA (bai) hacia un concepto más vanguardista

de partido, que le será inviable aplicar tanto por su fracaso en sus intentos de confluencia, como por su debilidad estructural e incompatibilidad frente a las nuevas concepciones vanguardistas del propio bloque KAS.

Como decíamos, dentro de LAIA había diferencias de fondo más allá del apoyo a la Alternativa. El sector de LAIA (ez), después conocido como LAIAK —con la K de *komunista*—, representaba al sector más radicalizado del conjunto de la izquierda abertzale. En esa línea, se enfrentó a todo frentepopulismo y compromiso con la pequeña burguesía, oponiendo la intransigencia proletaria y la autonomía de clase. Sin embargo, esta negación del interclasismo no provendrá de la crítica del bloque producido por el excesivo peso político de la pequeña burguesía, sino de una infravaloración del mismo. Será pues una lectura optimista, lo cual será en parte su virtud, pero sobre todo la causa de su fracaso.

El origen de estas concepciones no se encontrará especialmente en la reflexión teórica —de la cual apenas existen referencias²³— sino en la gran influencia de los movimientos asamblearios de la época y de sus expresiones más radicalizadas. Es por ello que las referencias consejistas o libertarias puras serán escasas frente a la experiencia propia y la confianza en la espontaneidad creadora de las masas. De ahí que las concepciones antipartido pronto entrarán en contradicción con el mantenimiento de las propias siglas de LAIA. Consecuentemente, participarán en 1977 en una Convergencia Asamblearia con otros grupos del difuso espectro de la autonomía obrera, la cual pronto decaerá. Algunos sectores pasarán a la ofensiva armada a través de los Comandos Autónomos Anticapitalistas justo en el punto de conflictividad más álgido. Tan es así, que los autónomos juzgaron la coyuntura como preinsurreccional, planteando que la inestabilidad del poder burgués al final del franquismo podía ser transformada en crisis revolucionaria haciendo des-



El único programa de los autónomos era la propia lucha, por lo que tan pronto como la efervescencia de las masas decayó, ellos lo hicieron con ella, pagando un precio muy caro por su compromiso militante



carrilar la transición. Descartado todo etapismo, no era cuestión de plantear una alternativa a la Reforma sino al propio sistema.

Como es bien conocido, no pudo ser. Llevaron hasta el final su apuesta y la perdieron. La mayor parte de la clase obrera dio la espalda a la revolución y la nueva democracia autoritaria se asentó sobre la represión y la colaboración de partidos y sindicatos. El único programa de los autónomos era la propia lucha, por lo que tan pronto como la efervescencia de las masas decayó, ellos lo hicieron con ella, pagando un precio muy caro por su compromiso militante. En paralelo, fueron duramente tratados por el MLNV, como una competencia

molesta. Paradójicamente, gran parte de ese magma social asambleario curtido en la lucha antirrepresiva y reacio a los partidos, pasaría a conectar afectivamente con la referencia simbólica de ETA. En torno a ella se cohesionará la futura izquierda abertzale, la cual rápidamente metabolizará a dichos sectores a partir de las concepciones filoasamblearias de Argala.

MLNV: LA IZQUIERDA ABERTZALE MODERNA

Si hasta ahora hemos hecho un repaso por aquellas experiencias fracasadas que terminaron por desaparecer –no así sus ideas–, acabamos ahora con la única facción de la izquierda abertzale que sobrevivió la transición con su programa rupturista y su oposición frontal –y armada– a la Reforma, lo que fue refugio a su vez de muchos de los que quedaron políticamente huérfanos. En fin, la que a la postre ha constituido la izquierda abertzale moderna, estructurada orgánicamente en el Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

Pero vayamos a su génesis. Volviendo al momento tras la frustrada reunificación entre *milis* y *polimilis*, ETA (m) con Argala al frente dará un paso atrás en sus posturas favorables al partido de clase. Como respuesta a la dispersión y confusión en las fuerzas de la izquierda abertzale, asumirá que «a toda esta base hay que darle unas opciones políticas serias y claras al margen de las diferencias partidistas y las absorciones reformistas»²⁴ lo cual sólo estará en posición de hacer la propia ETA a través de KAS. Desdiciéndose también del no intervencionismo en política civil de los primeros *milis*, las concepciones político-militares originales de los *berezis* –en las que la propia organización armada ejerce la dirección política sin subordinarse a nadie– terminarán por apuntalar el giro en éste sentido. De fondo estará su desconfianza fundada respecto a los políticos, y la creencia militarista de que cuando *el partido dirige el fusil* éste termina por liquidar la lucha armada e integrarse en el sistema,



Las posiciones proletarias quedarán definitivamente diluidas. Después quedará ya sólo *la lucha*, la cual «incuestionablemente une», como quedará sentenciado en el Zutik 69



como en el caso de EIA.

Previamente, como respuesta al llamamiento del *Agiri* de 1974 a la organización de grupos abertzales civiles, ya habían ido surgiendo EAS primero, EHAS después y tras un proceso de convergencia socialista que culminaría en 1977, HASI, *Herri Alderdi Sozialista Iraultzailea*. Estas siglas compartirían cierta ambigüedad socialista fruto del heterogéneo conglomerado de la izquierda abertzale, y en su composición se encontraban todo tipo de elementos externos a ETA, entre los que irían destacando los afines a ETA (m). Tanto es así que en su primer congreso, su dirección eurocomunista –cercana a la EIA reformista, después formará EKIA y confluirá con ella– será expulsada por las bases promilis, fruto de la nueva estrategia intervencionista de ETA (m).

De la mano de la nueva dirección presidida por Santi Brouard, íntimo de Argala, HASI adoptará toda la liturgia leninista, centralismo democrático incluido. Sin embargo aplicará el modelo leninista hacia adentro, no hacia afuera. Nunca ejercerá de partido dirigente, ya que dicha función le corresponderá a KAS, donde cumplirá tareas de *globalización*. Aun así el peso del aparato ilegal de HASI será importante, especialmente en HB –lo cual será fuente de futuros conflictos–, pero ello no supondrá ideológicamente un avance respecto al viejo carácter de clase *popular* ya consolidado de ETA, y políticamente se subordinará en última instancia a ella. Descartados modelos partidarios ortodoxos y asamblearios puros, según la concepción de KAS como Bloque Dirigente, sus integrantes ejercerán la función de vanguardia colectiva que les delega la verdadera vanguardia de todo el MLNV, ETA, garantía última de conseguir sus objetivos tácticos y estratégicos. Las posiciones proletarias quedarán definitivamente diluidas. Después quedará ya sólo *la lucha*, la cual «incuestionablemente une», como quedará sentenciado en el *Zutik* 69. Será el último escrito por Argala –responsable de las escasas pu-

blicaciones *milis*– y tras ser asesinado dejará de editarse para siempre, lo cual no deja de ser sintomático del fin de toda una época.

EL FIN DE UNA ÉPOCA

El cierre del ciclo supondrá una derrota histórica sin paliativos para el proletariado revolucionario. Lo cual no es casual y no se reducirá a las pugnas internas por la hipotética dirección de la izquierda abertzale, sino a cómo se cerraron las opciones reales a nivel global para la revolución socialista. La lucha de Euskal Herria a partir de ese momento quedará definitivamente aislada, con todas las consecuencias.

La izquierda abertzale moderna, el MLNV, nace de esa derrota. Y lo que es importante: no al revés. El fracaso político previo del proletariado alumbró una izquierda abertzale a la que éste se incorporó subordinadamente, cuantitativamente, como objeto y no como sujeto, sin identidad política propia, la cual le fue negada. Participó con ello de esa larga guerra de desgaste durante décadas, una resistencia heroica y trágica, en la que dio lo mejor de sí mismo poniendo el cuerpo aun renunciando a su preciada independencia como clase. Pero el proletariado, o es independiente, o no es nada. A día de hoy podemos reafirmar la premisa teórica de que independencia de clase e interclasismo son incompatibles, irreconciliables. Así lo ha demostrado la experiencia continuada de negación práctica de la primera.

Actualmente, cuando termina por cerrarse el ciclo que entonces se abría, en la culminación de la crisis histórica definitiva de lo que ha sido la izquierda abertzale y el agotamiento de su paradigma político, nuevas generaciones han aparecido decididas a retomar la bandera de la independencia de clase azuzadas por una brutal proletarización. Ha hecho falta que la degeneración oportunista de lo que un día fue la histórica izquierda abertzale expulse definitivamente al proletariado de su proyecto político para que paradóji-



**El fracaso
político previo
del proletariado
alumbró una
izquierda abertzale
a la que éste
se incorporó
subordinadamente,
cuantitativamente,
como objeto y no
como sujeto, sin
identidad política
propia, la cual le
fue negada**

camente, éste vuelva a levantar cabeza. Finiquitada *la lucha*, se esfuman con ella las condiciones que posibilitaron aquella unidad pasada. Pero eso no significa que echemos a andar sin mirar atrás. Es necesario analizar todo el camino que nos ha llevado hasta aquí. En éste caso remontándonos a la prehistoria de la izquierda abertzale moderna, sobre la cual aún queda mucho por decir.

No se trata sin embargo de hacer ahora un alegato sobre quién tiene la legitimidad histórica de la izquierda abertzale. Sería un grave error empeñarse en que esta fue puramente revolucionaria hasta que un día todo se torció. Al igual que lo es ocultar deliberadamente los intereses de clase contradictorios que desde siempre ha habido en su interior. Por ello es necesario tratar de arrojar algo de luz sobre nuestro pasado, para que no nos lo reescriban otros. Rechazar la mitología y oponerle una historia proletaria. Y ello significa no caer en lecturas fatalistas y deterministas. Tampoco en idealizaciones y voluntarismos imaginando cómo podría haber sido todo de otra manera. No nos valen puzzles eclécticos contruidos arbitrariamente. Debemos ser capaces de sintetizar toda la experiencia pasada del proletariado re-

volucionario, sus aciertos y sus errores, para aportar hoy en el relanzamiento histórico del proyecto comunista. Sin olvidar el pasado, es el presente y el futuro lo que está en nuestras manos escribir. /



Karlos Corbella

REFERENCIAS

1. Posiciones ideológicas de la V Asamblea (1967)
2. Ideología oficial de Y (1967)
3. *Zutik* 51. (1969)
4. *Gudaldi* 3. (1970)
5. «A los revolucionarios vascos». *Gatazka* (1969).
6. «Alternativa de la tendencia marxista de ETA». *Zutik* 59 (1970)
7. Documento de los presos de Burgos al Biltzar Ttipia de su organización Euskadi Ta Askatasuna (1971)
8. «Iraultzakín burgeseri abertzaleak duen zerikusia». *Zutik* 62. (1971).
9. «Puntos mínimos ideológicos de ETA». *Zutik* 63. (1972).
10. «Hemos secuestrado a Zabala. ¿Por qué?». *Zutik* 63. (1972).
11. *Hautsi* 4. (1973)

12. Por qué estamos por un Estado Socialista Vasco (1973)
13. Histoire critique d'E.T.A. (1974) (en frances)
14. *Sugarra* 1. (1975)
15. ETAreñ agiria (1974)
16. *Zutik* 65. (1975)
17. El partido de los trabajadores vascos: una necesidad urgente en la coyuntura actual (1976)
18. Dos aportaciones de ETAm a la VII Asamblea (1976)
19. *Zutik* 67. (1976)
20. *Zutik* 68. (1977)
21. *Amasa* 1. *Material de debate para las mesas de reagrupamiento* (1976).
22. Manifiesto de presentación de EIA. A la clase obrera y a todo el pueblo de Euskadi (1977).
23. Nazio Arazoa. *Beretherretxe* (1977)
24. *Zutik* 69. (1978)

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, A.** (2019). *LAIA (Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios). Trayectorias políticas de un partido de izquierda abertzale (1974-1984)*
- Arregui, N.** (1981). *Memorias del KAS (1975-1978)*
- Letamendia, F.** (1975). *Historia de Euskadi, el nacionalismo vasco y ETA*
- Letamendia, F.** (1994). *Historia del nacionalismo vasco y de E.T.A.: E.T.A. en la Transición (1976-1982)*
- López Adán, E.** (2014). *Biolentzia politikoaren memoriak 1967-1978*

COYUNTURA
Martín Goitiandia

El régimen del 78, la democracia constitucional y sus límites

«¿No es preferible que el Partido Comunista acepte públicamente las bases de nuestra convivencia en lugar de verse obligado a luchar para destruirla?»

**ADOLFO SUÁREZ (1977),
SOBRE LA LEGALIZACIÓN DEL PCE**

Desde que se aplicó el estado de alarma se ha hablado mucho sobre el incremento del autoritarismo o sobre la reducción de las libertades políticas: la intervención policial o incluso militar en nuestras calles, la desaparición de derechos que creíamos intocables (por ejemplo, el derecho a la circulación), la arbitrariedad de las administraciones públicas o del poder judicial... De hecho, tan pronto como desaparece la situación «normal» se saltan las leyes y los valores que según nuestra sociedad siempre habría que respetar. ¿Cómo es posible? Pues, porque nuestro sistema político prevé mecanismos para poder saltar sus propias bases. Democracia, parlamentarismo, pluralismo, derechos básicos, Estado de Derecho... Según la Constitución, el objetivo último de los poderes públicos es la defensa de estos elementos que recoge en sus diez títulos. Pero, como he dicho, hemos visto que cuando es conveniente se eliminan estos pilares de la democracia. Más aun; la misma Constitución prevé las vías para deshacer su contenido de base. ¿Cómo se puede entender que en un mismo texto se establezca que un contenido es fundamental y, a la vez, las vías para su eliminación? Así pues, si existe la posibilidad de eliminarlo dependiendo del contexto, nuestra democracia no puede ser el fundamento de la sociedad, sino una de las posibles formas. De esta manera podemos entender que esta forma democrática (derechos, deberes...) se mantenga en las situaciones normales, pero cuando las cosas se compliquen se ponga en cuestión.

Para esclarecer esta misteriosa

contradicción tendremos que mirar a su génesis y a su base, y este número de Artek de abril nos brinda una oportunidad excelente, precisamente, para volver a la transición de 1975. La transición fue un conjunto de profundas reformas que cambió no pocas características de las instituciones burguesas del Estado Español entre los años 1975-1978. La Constitución de 1978 fue el texto que recogió la base de estos cambios: reparto de poderes, libertad de asociación y reunión, pluralismo político... Todos estos cambios convirtieron a España en una democracia constitucional, como la mayoría de los estados de occidente. Según el relato que todos hemos tenido que aprender, estos cambios trazaban el límite entre la España democrática y no democrática. Así, el relato de la

La Constitución del 78 constituyó un consenso para transformar las instituciones burguesas del Estado Español desde la UCD hasta el PCE. Ahora se está desmantelando aquella forma de democracia española del 78 y cada facción política tiene su propuesta para un nuevo consenso. El caso es que, por tanto, no hay valores, libertades, derechos o leyes democráticas que sean intocables, ya que tal y como vemos desaparecen en función de las circunstancias y se construye un nuevo consenso

Si todas estas medidas no se han aplicado hasta ahora es porque lo que las leyes deben defender en realidad no ha estado realmente en peligro. El ordenamiento no tiene por objeto defender los valores y libertades recogidos en la Constitución, de lo contrario no tendría sentido recoger la posibilidad de abolirlos

progresión hacia la democracia ha sido parte del consenso de los partidos que han estado integrados en el juego político del Estado Español. De este modo, había una separación entre las facciones políticas que reconocían esta democratización de España (el PSOE en Suresnes o el PNV en Xiberta, por ejemplo) y las que no lo hacían (por ejemplo, KAS). Es por eso que tras operar bajo ese consenso durante cuarenta años, cuando se derrumban los pilares de la democracia las posiciones se enredan un poco: ¿Qué quiere decir todo esto? ¿España tiene un «nivel democrático» mayor que hace diez años o menos? ¿Ya no es una democracia? ¿Es el Estado Español fascista?

Precisamente la pérdida de estos valores democráticos fundamentales ha definido nuevas posiciones en torno a la reforma a realizar entre los diferentes demócratas: el bipartidismo tradicional (PSOE-PP) dice que es una cuestión coyuntural y que hay que volver a la situación anterior, los partidarios de la reforma moderada proponen dar algunos cambios para recuperar los valores democráticos pero manteniendo la base (como Podemos o Ciudadanos) y los más extremistas exigen grandes reformas para cambiar el régimen del 78 (es decir, el consenso de la transición)(por ejemplo, EH Bildu y CUP). Ceñirse a estas tres posiciones es muy simplista, pero quien quiera tiene un montón de información sobre lo que dice cada partido. Lo interesante no es por tanto analizar la dimensión de la reforma que exige uno u otro, sino hacer ver el límite de que su programa sea una reforma. La Constitución del 78 constituyó un consenso para transformar las instituciones burguesas del Estado Español desde la UCD hasta el PCE. Ahora se está desmantelando aquella forma de democracia española del 78 y

Que el Estado de España o de cualquier otro lugar adopte o pierda la forma democrática es, por tanto, un consenso entre los distintos capitales; precisamente porque consideran que es lo mejor para la extracción de la plusvalía

cada facción política tiene su propuesta para un nuevo consenso. El caso es que, por tanto, no hay valores, libertades, derechos o leyes democráticas que sean intocables, ya que tal y como vemos desaparecen en función de las circunstancias y se construye un nuevo consenso.

En lo anterior, en términos de teoría del derecho, diríamos que no hay iusnaturalismo. Es decir, que la ley no está ahí para defender unos valores naturales o propios (esto es, metajurídicos). Que los derechos, las libertades y en general los elementos que componen el Estado Social de Derecho desaparecerán si las circunstancias lo requieren. Eso nos llevaría, por ejemplo en el caso de la Constitución, más allá de un concepto racional-normativo (Kelsen), al concepto sociológico que diferencia a la Constitución real (Lasalle o incluso Marx), fruto de la correlación de fuerzas del momento. No obstante, no hace falta recurrir a estos términos complejos para explicar lo que quiero decir. La prueba

más clara la tenemos en la propia ley. Si algo nos ha demostrado el estado de alarma como se ha dicho es que hay previstos cambios duros en la ley para tiempos de inestabilidad. ¿Sabéis, por ejemplo, que el estado de alarma también se puede aplicar en una huelga? Así es. Podría aplicarse si la huelga no respeta los límites legales o pone en riesgo de alguna manera el suministro. Estos límites son muy vagos para aplicar una situación que permite el toque de queda y las intervenciones militares en zonas civiles. Tampoco el estado de excepción y el estado de sitio han sido redactados en la Constitución como meros adornos. La primera se aplica por pura perturbación del orden público. Es claramente para conflictos políticos. Esta situación sirve para saltarse directamente el primer título de la Constitución, el de los derechos y libertades fundamentales: se suspenden la libertad de expresión, la libertad de reunión, el derecho de huelga, la garantía de no meter en comisaría o no ser detenido sin pruebas... Y el segundo es una dura versión del anterior, para situaciones de rebelión. En él se recogen los efectos de los dos anteriores junto con otros (la desaparición de las garantías del detenido, como el habeas corpus), pero además gran parte de las competencias de los poderes públicos son asumidas por el gobierno y muchas otras por una autoridad militar designada por éste.

Si esos ejemplos y antecedentes os parecen demasiado extremos, las suspensiones parciales de valores básicos probablemente os resultarán más cercanas, especialmente si conocéis de cerca la historia de Euskal Herria. La ley antiterrorista es, por ejemplo, la supresión de libertades y derechos fundamentales para un colectivo concreto (militantes y personas del entorno del Movimiento de Liberación Nacional Vasco, MLNV). Estas liber-

**[...] la diferencia
fundamental entre las
fuerzas políticas es
entre quienes discuten
sobre la forma de la
dominación burguesa
y quienes discuten
sobre la abolición de la
dominación burguesa**

tades, según la Constitución, deberían ser inalienables como personas que somos. Pero el ordenamiento no tiene problema en eliminarlas en cuanto a un determinado colectivo o territorio (doctrina Zona Especial Norte). La *ratio legis* (razonamiento jurídico, lógica) de estas leyes podría ser la defensa de los derechos y libertades de otras personas, una cuestión de seguridad y convivencia. El *Patriot act*, aprobado por unanimidad por el Senado de los EE.UU. tras los atentados del 11-S, también podría ser un claro ejemplo de esta paradoja liberal entre libertad y seguridad.

Si todas estas medidas no se han aplicado hasta ahora es porque lo que las leyes deben defender en realidad no ha estado realmente en peligro. El ordenamiento no tiene por objeto defender los valores y libertades recogidos en la Constitución, de lo contrario no tendría sentido recoger la posibilidad de abolirlos. Todas estas medidas lo que defienden es la seguridad, pero para defender a la gente no necesitas las características de una dictadura militar; esas las necesitas para proteger el Capital. Cuando los trabajadores toman las calles, cuando no puedes garantizar propiedades de gran valor, cuando tienes que obligar a las personas a acudir al trabajo... necesitas lo recogido en estas medidas para estas situaciones. La extracción de la plusvalía es lo que hay que asegurar en última instancia, que es el valor máximo de esta sociedad. Si el trabajo social es acumulado por una clase, es lógico que dedique sus esfuerzos y recursos a proteger la esencia de esta acumulación (es decir, la extracción de la plusvalía), y por tanto también la ley de la sociedad, la fuerza...

Que el Estado de España o de cualquier otro lugar adopte o pierda la forma democrática es, por tanto, un consenso entre los distintos capita-

les; precisamente porque consideran que es lo mejor para la extracción de la plusvalía. En el caso del Estado Español se ha dado en diferentes momentos a las instituciones burguesas, por diversos factores, uno u otro carácter para proteger los intereses de los capitalistas: 1931, 1936, 1959, 1978... Que la forma sea democrática u otra dependa de los intereses del Capital no quiere decir que nos dé igual cuál sea la forma. No sé yo cuál será el siguiente consenso y qué forma se dará a la dominación burguesa, pero el Movimiento Socialista ha tomado su posición en defensa de las libertades que están desapareciendo. Sin embargo, la diferencia fundamental entre las fuerzas políticas es entre quienes discuten sobre la forma de la dominación burguesa y quienes discuten sobre la abolición de la dominación burguesa. Los segundos son los únicos que pueden llegar a la raíz del problema, ya que aunque los primeros sean muy radicales siempre acabarán formando parte de un nuevo consenso en función de las necesidades del Capital, ya sea éste el régimen del 78 o el del 2026. /





«El nacionalismo se sobrepuso por completo a la lucha social»

ENTREVISTA

Emilio Lopez Adan Beltza

Militante histórico,
escritor y pensador

Texto
Imágenes

Arteka
Inhar Iraizotz

Atrás quedaron los convulsos años vividos en Euskal Herria a partir de la década de los 60. Más allá de los árboles de innumerables ramificaciones que nos muestran las diversas divisiones políticas, nos suele ser difícil entender el devenir de la lucha llevada a cabo en aquellos años, lo que nos es indispensable si queremos aprender de los aciertos y errores cometidos.

En este número hemos querido recoger el testimonio del militante histórico y escritor vasco Emilio Lopez Adan *Beltza* (1946, Vitoria-Gasteiz). Lopez Adan comenzó a militar en la organización Euskadi Ta Askatasuna (ETA) en 1964 y en las últimas décadas ha desarrollado diversos trabajos sobre la lucha armada, el nacionalismo y la lucha de clases en Euskal Herria.



¿En qué contexto empezaste a militar y cuál ha sido tu trayectoria?

Durante mi juventud, mi familia me inculcó el pensamiento abertzale y libertario, y a comienzos de la década de los 60 empecé a tener mis primeros contactos con los grupos abertzales de Araba, —los únicos que realmente estaban organizados entonces—. En 1964 decidí integrarme en ETA, puesto que en aquel momento era la mayor defensora del abertzalismo. Durante aquellos años, ETA era una organización bastante abierta, y recibía diversas influencias ideológicas desde su base social.

Tres años después, tuvimos la V Asamblea. Aquel proceso, desde mi punto de vista, fue bastante democrático. Ese año fui elegido miembro del

Biltzar Ttipia (BT), así que dejé los estudios de medicina y pasé a la clandestinidad. El BT creó el llamado *Comité Ejecutivo Táctico* (KET), en el que participamos, entre otros, Txabi Etxebarrieta, Jose Maria Eskubi, Edur Arregi y yo. Tras el exilio de varios miembros del BT, el KET tomó la dirección de la organización por completo. Sin embargo, en 1968 tuve que marchar al exilio y seguí militando como *herrialde-buru* de Iparralde, hasta que tuve que exiliarme en Bélgica.

En 1970 tuvo lugar la conocida VI Asamblea de ETA, en la que la organización se dividió en dos principales fracciones, entre las que priorizaban hacer la revolución a nivel estatal, y las que apostaban por la autonomía estratégica de los vascos. Yo me posicioné con esa última opción, a favor del gru-



Dentro de ETA-V, en aquel momento concreto, concluimos que el problema social y el nacional debían ir de la mano. De hecho, según nuestros análisis, sólo el proletariado vasco reunía las condiciones para dar salida a la cuestión nacional

po que pasaría a denominarse como ETA-V. Nuestra tendencia era minoritaria en aquel momento, y entre nosotros teníamos muchos nacionalistas rematados, para quienes la estrategia estatalista de ETA-VI, era una estrategia puramente *españolista*. Yo no compartía esa concepción, pero me parecía que, dada la fuerza que tenía el *abertzalismo* en Euskal Herria, necesitábamos hacer una revolución propia en nuestro país, con una vía estratégica propia. Fueron tiempos muy duros, los más duros de mi vida. Recibimos monumentales sacudidas personales e ideológicas, incluso de parte de los procesados de Burgos, los cuales, al principio, estaban bajo la disciplina de ETA-VI.

A pesar de que en ETA-V la tendencia puramente nacionalista era mayoritaria, varios miembros reivindicasteis lo que denominasteis como nacionalismo revolucionario...

La dirección de ETA-V claramente estaba en manos de los *milis*. No obstante, pronto se unieron a la organización varios jóvenes socialistas y revolucionarios, gente de gran valor, entre ellos Eduardo Moreno Bergaretxe *Pertur*. Aquella nueva generación participó activamente en la redacción de la revista *Hautsi*; para entonces, en ese grupo yo era el más viejo. A decir verdad, la dirección *mili* actuó con gran permisibilidad hacia nosotros. Por mi parte, durante mi estancia en Bélgica, recibí una importante influencia de parte de Federico Krutwig, pero también tuve la oportunidad de profundizar en el comunismo libertario.

Sin embargo, en 1974 gran parte del llamado Frente Obrero de ETA-V se escindió de la organización, entre ellos yo, para crear el partido LAIA. Meses más tarde se daría también la ruptura entre los *polimilis* y los *milis*. Los miembros de LAIA considerábamos que la influencia pequeño burguesa – EGI-Batasuna, los *cabras*, el *monzonismo* – se había impuesto definitivamente en ETA, rechazando así la prioridad de co-



Se abandonó la revolución social, por la negociación del estatuto de autonomía y el derecho de autodeterminación. A partir de ese momento, cada adaptación estratégica que efectúe ETA, fortalecerá aún más la tendencia reformista y nacionalista

nectar con el desarrollo de las masas. Los militantes de LAIA, mayormente, eran partidarios del marxismo *consejista*, es decir, de la autoorganización obrera.

Sin embargo, en 1976, a causa del desacuerdo interno respecto a la alternativa táctica KAS, LAIA se dividió en dos, entre los partidarios de aquella —LAIA (bai)— y los detractores —LAIA (ez)—. Yo fui con estos últimos, los cuales participarían en la creación de los Comandos Autónomos Anticapitalistas.

Finalmente, entorno al 84, la lucha autónoma entró en declive debido a la baja participación de las masas, la dura represión y la ofensiva político-moral contra los autónomos llevada a cabo por la propia ETA. En mi opinión, fue en aquel momento el fin de la autoor-

ganización revolucionaria de los trabajadores en Euskal Herria.

A partir de entonces, he seguido ejerciendo como ginecólogo en Iparralde y también como escritor. Además de abundantes trabajos periodísticos, he escrito varios libros sobre la historia del nacionalismo vasco y la lucha de clases, y sobre la violencia política en Euskal Herria.

Para profundizar en la relación entre el nacionalismo y la lucha de clases en Euskal Herria, ¿qué aspectos destacarías del ciclo de lucha que se extendió durante 1967 y 2011?

Destacaría que el nacionalismo se sobrepuso por completo a la lucha social.

Dentro de ETA-V, en aquel momento concreto, concluimos que el problema social y el nacional debían ir de la mano. De hecho, según nuestros análisis, sólo el proletariado vasco reunía las condiciones para dar salida a la cuestión nacional, ya que la oligarquía vasca no sólo era españolista, sino que servía de apoyo del franquismo; por su parte, la burguesía nacional vasca —vinculada al PNV— era reformista tanto desde el punto de vista nacional como del social. El proletariado vasco se encontraba en un momento especial; en plena fase de industrialización, se produjo una gran proletarianización de las masas, y a la vez, grandes olas de inmigración arribaron a nuestras ciudades. Por ello, llegamos a la conclusión de que era imprescindible dar una perspectiva revolucionaria a la cuestión nacional, y así surgió la denominación del *Pueblo Trabajador Vasco* (PTV). Esto, en un principio, dio mucha fuerza y coherencia a nuestro discurso. Además, a nivel internacional comenzaron a aumentar las luchas armadas contra el colonialismo y el imperialismo, que además de estar fuertemente influenciadas por el maoísmo y el marxismo-leninismo, tenían un fuerte contenido nacional. Aquella lucha anticolonialista tuvo una notable repercusión en nuestro país.





Defender una posición puramente nacionalista, no tiene nada que ver con hacer revolución social. En Euskal Herria se ha extendido mucho esta concepción de que, cuanto más vasco seas, más revolucionario serás. Y eso no es así. El vasco será revolucionario sólo si asume los principios revolucionarios universales

Sin embargo, aquella perspectiva que unía la cuestión social con la nacional no perduró mucho, ¿verdad?

El problema es que la unión entre estas dos líneas de lucha —la social y la nacional— no era más que una construcción intelectual que nos sirvió en aquel preciso momento.

Al cabo de unos años, las contradicciones entre la cuestión nacional y la social fueron acentuándose, hasta que se dio la ruptura de aquella construcción intelectual. Por otra parte, con la intención de superar las imposibilidades para encender la insurrección, ETA pasó, bajo la dirección de Argala, al modelo de la negociación y de la organización dirigente. Este cambio dio lugar al nacimiento de la Alternativa KAS en 1976, en la que claramente se impuso el contenido nacional al social. Dado su carácter táctico, podríamos decir que la Alternativa KAS era un programa reformista, de contenido social difuso. Se abandonó la revolución social, por la negociación del estatuto de autonomía y el derecho de autodeterminación. A partir de ese momento, cada adaptación estratégica que efectúe ETA, fortalecerá aún más la tendencia reformista y nacionalista. Ejemplo de ello es que, de los cinco puntos iniciales de KAS, se pasó en 1995 a la Alternativa Democrática centrada en dos puntos: la autodeterminación y la aceptación de la

territorialidad vasca.

Así, la actividad armada de ETA (m) —posteriormente, ETA a secas—, fue encauzada casi exclusivamente al logro de esos mínimos en lugar de responder a las necesidades directas de los trabajadores o a los conflictos de clase. Sin embargo, estos últimos aspectos los desarrollarían bastante más los *polimilis* y los autónomos.

ETA, a través de la teoría de la acumulación de fuerzas, asumió una función de interlocutor par a par con el Estado, sustituyendo el protagonismo del pueblo por el protagonismo de la organización y, especialmente, basándose en un contenido puramente nacionalista. Claro, con este contenido nacionalista ¿quién se encuentra más cómodo? Los pequeño burgueses, por supuesto; la burguesía nacional vasca.

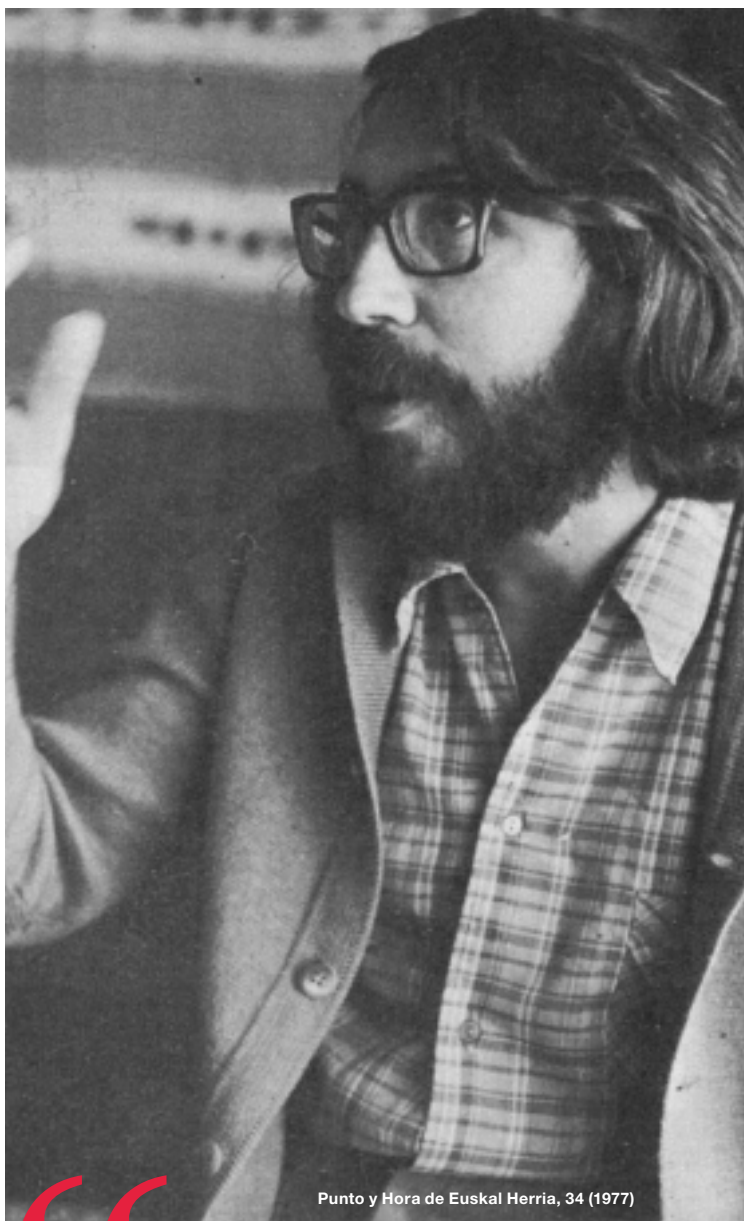
Pero, como aun así era imprescindible mantener cerca la base social revolucionaria, se hicieron varios ensayos teóricos para cubrir la lucha nacional de vestimenta revolucionaria y, de esta manera, mucha gente creyó que entrando en las organizaciones de la izquierda abertzale hacía la revolución socialista. Debido a esto, se han producido graves desviaciones teóricas; por ejemplo, en la época del anticolonialismo se consideraba que el simple impulso del nacionalismo en pro de las naciones oprimidas, por sí mismo, era una iniciativa revolucionaria, creyendo que aque-

lla posición era la más eficaz contra el enemigo imperialista. Pero, defender una posición puramente nacionalista, no tiene nada que ver con hacer revolución social. En Euskal Herria se ha extendido mucho esta concepción de que, *cuanto más vasco seas, más revolucionario serás*. Y eso no es así. El vasco será revolucionario sólo si asume los principios revolucionarios universales.

¿Dentro de la izquierda abertzale, cuáles eran las hipótesis principales en relación con la estrategia a seguir en el proceso de liberación?

Los autónomos no afirmaban que la revolución socialista ocurriría inevitablemente, pero no negaban la posibilidad y, en consecuencia, no estaban dispuestos a apoyar un programa táctico asumible por la democracia burguesa. Sin embargo, hay que admitir que no existía una unidad organizativa ni estratégica por parte de los autónomos. Además, a menudo, las relaciones de algunos grupos resultaron bastante enturbiadas.

Por su parte, para los *milis* estaba claro que el nuevo régimen democrático burgués era una mera continuación de la dictadura militar franquista, visión que apoyaron, más o menos, hasta la época de la Alternativa Democrática. Descartaron la insurrección y tomaron la vía de la negociación. ¿Por qué to-



Punto y Hora de Euskal Herria, 34 (1977)

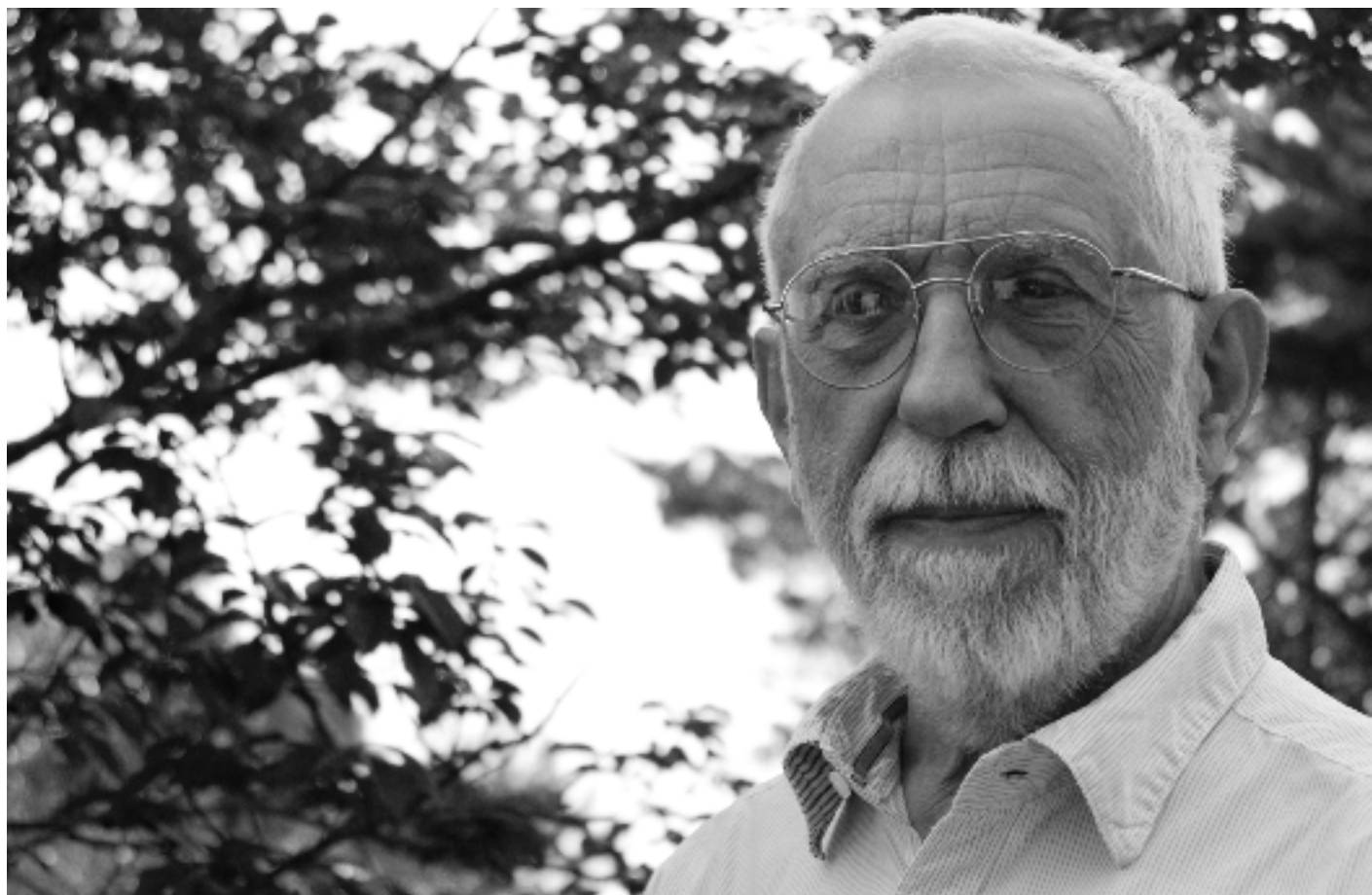
En aquella época había posibilidades racionales para pensar que era posible conseguir la amnistía alcanzada anteriormente por los polimilis, con mayor dignidad, y junto con los cinco puntos de la Alternativa KAS. Este camino fue el que condujo a las conversaciones de Argel en 1989

maron ese camino? Sencillamente porque pensaron que no había condiciones objetivas ni subjetivas para hacer la revolución: los demás territorios del Estado no estaban al nivel combativo de Euskal Herria e, incluso en nuestro país, la sociedad estaba cayendo poco a poco en la comodidad. De manera que la negociación de un contenido reformista se convirtió en el objetivo. En este nuevo planteamiento ya no era necesario que el pueblo tomara el protagonismo, bastaba con que la organización asumiera la dirección. Pero ese no era el planteamiento mantenido por ETA hasta el momento, ya que esta históricamente se autodefinía como una organización al servicio del pueblo, de forma absolutamente explícita.

Entre los *polimilis* la actitud era bastante diferente. Según los análisis de Pertur y sus compañeros, la lucha armada debía operar bajo una dirección política —invirtiendo el esquema de los *milis*— y la lucha armada debía servir para acrecentar las contradicciones del Estado. Según sus análisis, no existían posibilidades de hacer la revolución a nivel estatal; no obstante, pensaban que, golpeando a los sectores más reaccionarios del Estado, sería posible forzar a la burguesía progresista a unirse a la lucha del proletariado revolucionario. Al fin y al cabo, pretendían crear condiciones y cambiar las correlaciones de fuerzas para hacer la revolución. De conseguirlo, creían que podrían existir posibilidades de que la lucha militar pasara a segundo plano, en beneficio de la lucha política. Esta era la hipótesis inicial de los *polimilis*; luego, lo que haría Euskadiko Ezkerra, es otra cosa, y no debe confundirse con los planteamientos de Pertur y sus compañeros.

No obstante, las cosas cambiarían bastante durante la década de los 80...

Sí, todo esto se reventó entorno al 1982, pero reventó de verdad. Cuando el *Tejerazo* falló (o tal vez no falló, y trajo lo que debía traer...) ocurrieron



dos cosas: por un lado, se instauró un sistema corrupto y de continuación franquista en torno a la Constitución del 78, bajo el liderazgo del PSOE; y, por otro lado, se consolidó el carácter autoritario y antirrevolucionario de las democracias europeas. Estos acontecimientos quebrantaron las opciones revolucionarias y dejaron la práctica de la lucha armada fuera de lugar en Europa. Fue en esta década cuando se disolverían las dos ramas de los *polimilis* — séptima (1982) y octava (1986)— y los CAA (entorno al 1984). ETA militar, en cambio, muy fortalecida por aquel momento, decidió seguir activa, decidida a forzar al Estado a negociar.

¿Qué balance haces, a día de hoy, de las tendencias mencionadas?

Para hacer el balance es imprescindible tener en cuenta qué se veía como una oportunidad en el momento, qué capacidades había y cuál era el pensamiento de la época. Las elecciones estratégicas que tomó ETA (m), las tomó en un momento en el que militarmente y logísticamente estaba muy fuerte. Tenía gente muy entrenada y contaba con un gran apoyo social. Así se entiende que eligiera proseguir con la lucha armada, mientras las demás organizaciones se deshicieron. Al fin y al cabo, en aquella época había posibilidades racionales para pensar que era posible conseguir la amnistía alcanzada anteriormente por los *polimilis*, con mayor dignidad, y junto con los cinco puntos de la Alternativa KAS. Este camino fue el que condujo a

las conversaciones de Argel en 1989.

Se podría decir que la ruptura de estas conversaciones y la época de *Ol-dartzen* —la extensión de los objetivos de las acciones armadas— alejó a la *erakunde* de las masas. Con el objetivo de forzar al Estado a negociar, ETA ha utilizado tácticas terroristas golpeando objetivos civiles. Esto le produjo unos daños terribles en cuanto al apoyo popular de las masas.

No se podía saber lo que pasaría, pero yo creo que la de Argelia fue la mejor oportunidad para acabar dignamente con la lucha armada, y eso mismo pensaban multitud de personas dentro de la izquierda abertzale. Sin embargo, para unas cuantas personas, el final de la estrategia político-militar era el momento idóneo para colocar la lucha institucional en el pico de lanza.





Entonces se pasó de la insurrección al reformismo...

No hay que olvidar que, al igual que hicieron los *milis* anteriormente, con la creación de Herri Batasuna, se priorizó ante todo la unión de los abertzales radicales. Desde la izquierda abertzale se ha expulsado a mucha gente por *españolista*, pero no se ha echado a nadie por no ser socialista o comunista. Así se entiende como tomó tanta fuerza el monzonismo dentro de la nueva formación abertzale, y la falta de crítica sobre el mismo. Sin embargo, esto no quita que no hubiera gente de gran valor dentro de esta tendencia.

Por medio de HB, los abertzales radicales obtuvieron opciones y posibilidades muy ventajosas para impulsar la reforma, en las cuales tenían la esperanza de profundizar. Aunque HB no participó en las primeras elecciones, no fue porque no creyera en la democracia representativa, sino porque no había garantías democráticas suficientes —amnistía, legalidad de los partidos, etc—. Al fin y al cabo, estas personas creían sinceramente que desde las instituciones era posible hacer mucho más por la causa vasca y la autodeterminación, y veían claramente que vinculando la lucha institucional a la lucha armada y al movimiento popular se podían obtener mejores resultados. Esta concepción, por ejemplo, se condensó en la lucha contra la autopista de Leizaran. Este enfoque está estrechamente relacionado con la democracia formal y las prácticas alejadas de la lucha de clases y parece que, una vez desaparecida la lucha armada, este sigue siendo el credo.

¿Frente a ello, cuál fue la postura defendida por la organización armada?

Desde la *erakunde* pensaban que la lucha armada debía ser el vértice del movimiento, organizando el movimiento de masas en torno a ella, y situando la lucha institucional en la cola. Pero quienes querían aprovechar el potencial electoralista de HB de forma

realista —en las instituciones—, claro está, tiraron fuertemente hacia su lado. Esta gente siempre ha estado en la izquierda abertzale; han tenido un fuerte compromiso y han sufrido una dura represión. Sobre todo este sector sufrió golpes muy duros al romperse las conversaciones de Lizarra-Garazi y las de Loiola-Ginebra, tanto de parte del Estado, como de la misma ETA. Tras este último intento, y con el fin de frenar el desastre acarreado por *Oldartzen*, fue este grupo de la antigua HB el que tomó la decisión de dar la vuelta a la situación; precisamente el mismo grupo que fue el protagonista de la postura socialdemócrata en el seno de la izquierda abertzale.

Y, sin embargo, este cambio se dio sin romper con la base militante, ya que, a causa de la represión, la izquierda abertzale se convirtió en una comunidad estrechamente unida, y con una rigurosa disciplina y admiración hacia los responsables políticos, la cual fue sembrada durante treinta años de lucha. Por ello, es natural que hayan sido las nuevas generaciones las que han acarreado el cambio crítico.

¿En tu opinión, qué ha supuesto que la línea socialdemócrata se impusiera en la izquierda abertzale?

En cuanto a la historia de la socialdemocracia, hay que tener en cuenta

que los socialdemócratas no han sido unos infiltrados, sino unos socialistas revolucionarios que han tenido una evolución. Ellos piensan que lo mejor para el beneficio del pueblo es ganar la hegemonía en las instituciones; es decir, que es posible llegar al socialismo mediante reformas sociales, y que no sólo deben ser representantes de la clase trabajadora, sino de todo el pueblo merecedor de libertad. Esto abre la puerta al interclasismo, y a la aceptación de la democracia representativa en detrimento de la democracia directa.

Las evoluciones personales, por supuesto, han sido diferentes, pero, en general, ¿qué es lo que ocurre con la línea socialdemócrata? Pues que, al final, termina por identificarse con el orden y el poder, y desde un punto en adelante, abre las puertas a la represión contra las “quimeras” revolucionarias que entorpezcan la vía socialdemócrata. Y esto ocurrió desde el primer momento en que la socialdemocracia llegó al poder, ¿Cómo murieron sino Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht?

Desde finales de siglo, no obstante, la socialdemocracia seguirá la tendencia del mitterrandismo francés y/o del blairismo inglés, reconociendo al capitalismo toda la legitimidad para dirigir la economía y convertirse en su servidor en el Estado. Si esta evolución se ha producido en todo el mundo, ¿cómo se puede creer que en Euskal Herria se-



Con la creación de Herri Batasuna, se priorizó ante todo la unión de los abertzales radicales. Desde la izquierda abertzale se ha expulsado a mucha gente por españolista, pero no se ha echado a nadie por no ser socialista o comunista



«Los militantes que hemos practicado la lucha armada en Euskal Herria siempre hemos tenido como objetivo la libertad, tanto nacional como social, y por ello, todos los gudarís merecen un lugar en la historia de la lucha por la libertad del mundo»

rá diferente? Es decir, ¿cómo se puede creer que los vascos desde las instituciones y sin una confrontación clara con el capitalismo, haremos la revolución? Lo que ha pasado en todas partes, aquí también pasará, y la vasquidad no nos inmuniza contra eso.

Aunque no niego que estas personas no hayan emprendido este camino pensando que es lo más favorable para el pueblo.

Asimismo, te has mostrado crítico con las tendencias supuestamente pacifistas, y con el tratamiento hacia los presos políticos.

Sí, y podemos vincular el pacifismo con la socialdemocracia, así como con la condena de la lucha armada. En pocos años, de una estrategia político-militar, hemos pasado a la deslegitimación de todas las violencias políticas. Sin embargo, no se debieran equiparar la violencia mediante armas sofisticadas y la violencia callejera. Si el pacifismo niega la legitimidad para protegerse de cualquier injusticia, está abriendo la puerta a la represión indiscriminada. Podría ser aún más grave si esos supuestos pacifistas aíslan a los nuevos *jarraitxus* y los dejan en manos de fuerzas represivas, mientras sostienen con sus votos gobiernos socialdemócratas autoritarios. Yo creo que hoy hay mucha gente honrada, la cual incluso ha luchado durante décadas y que ha sufrido una severa represión, con graves problemas de conciencia. Pero los nuevos socialdemócratas que no han conocido el pasado ciclo de lucha y la represión, sólo conocerán la situación actual y darán pasos más fácilmente hacia posiciones autoritarias.

En ese sentido, para encajar el pacifismo con el tema de los presos políticos, pienso que se ha dado una victimización de los presos, es decir, que a los presos se les ha negado su carácter político y, por tanto, su dignidad. No obstante, todas las personas que han militado en ETA y en los movimientos que la rodean han luchado por la liber-

tad: los gudarís son gudarís, y punto. Por eso, con todos y cada uno de los presos, incluso con el último dirigente que he criticado, por solidaridad, defenderé la amnistía.

Acabas de publicar el trabajo *La lucha armada en Euskadi 1967-2011*, basado en la investigación de todas las acciones armadas que han tenido lugar en Euskal Herria durante 40 años. ¿Cuál es el objetivo de este trabajo?

Me pareció necesario hacer una crónica de nuestra lucha armada, basada en hechos, libre de las mistificaciones y de las falacias de las versiones oficiales: lucha armada-acciones armadas; las que hemos hecho nosotros, y las que nos han hecho a nosotros. Por lo tanto, he investigado cada una de las acciones, recogiendo en cada una de ellas lo siguiente: qué pasó, qué se dijo en el momento (documentos, prensa), qué opinión se ha dado en las investigaciones y, por último, qué dicen los protagonistas en la actualidad en sus memorias. Tras este apartado documental, y tratando de hacer una aportación a la lucha del día de mañana, hago una reflexión sobre los problemas tanto estratégicos, como éticos de cada acción. En este sentido, veremos en múltiples ocasiones cómo los errores éticos (cuando las acciones han golpeado a los civiles, por ejemplo) derivan en grandes errores estratégicos. Toda crítica y reflexión en este trabajo tiene como objetivo hacer comprender mejor el sentido de la lucha que llevamos a cabo, y aprender de aquellas experiencias; todo esto, por supuesto, sin alimentar en absoluto la visión represiva.

Sea como sea, los militantes que hemos practicado la lucha armada en Euskal Herria siempre hemos tenido como objetivo la libertad, tanto nacional como social, y por ello, todos los gudarís merecen un lugar en la historia de la lucha por la libertad del mundo. /



COLABORACIÓN

Compañeros al mismo lado de la barricada



Texto
Imanol Satrustegi

Imágenes
Archivo de la Transición
Mikel Alonso

En Euskal Herria, a principios del siglo XXI una corriente política ha predominado los movimientos sociales, hasta casi tener el monopolio absoluto de casi todos los movimientos de protesta. Sin embargo, esto no siempre ha sido así; hubo antes otra corriente revolucionaria dentro de «el movimiento vasco radical de masa» que, al igual que la izquierda abertzale, tuvo gran capacidad de arraigo y movilización. A esa corriente se la denominaba *izquierda revolucionaria* o *izquierda radical*. En su época, algunos sectores desdeñaron y menospreciaron dicha corriente tachándola de españolista o sucursalista. Aun así, la izquierda revolucionaria fue una de las formas que tomó la lucha de clases y resultó ser parte imprescindible de la tradición revolucionaria de Euskal Herria.



Hasta hace poco, la lucha de clases y el socialismo estaban algo olvidados; la bandera roja se situaba en un papel secundario dentro de los movimientos sociales. Aunque en Euskal Herria haya habido durante muchos años grandes luchas sociales, el fracaso del socialismo real y las tendencias pequeñoburguesas dentro de la izquierda abertzale influyeron en que esto sucediera así.

No obstante, esto no fue siempre así, hubo una época en la que el comunismo y la clase obrera tuvieron gran centralidad en los movimientos revolucionarios de Euskal Herria. Durante el ocaso del franquismo, en la oposición antifranquista de Hego Euskal Herria se crearon algunos partidos comunistas de carácter revolucionario. Esos partidos, amparados por la coyuntura internacional y las expectativas revolucionarias que parecían abrirse, tuvieron gran repercusión y tuvieron capacidad para intervenir en diferentes ámbitos, sobre todo en el movimiento obrero. El origen de todos estos partidos se remonta al final de la década de los 60, y su momento álgido fue durante los años clave de la transición, es decir, de 1975 a 1977. A través de movilizaciones, lograron tejer vínculos con numerosos sectores sociales y así ayudaron a erosionar la dictadura franquista. Sin embargo, a principios de la década de 1980 esta corriente revolucionaria entró en declive. Estamos hablando de partidos como el Movimiento Comunista de Euskadi (EMK-MCE, Euskadiko Mugimendu Komunista), la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), la Liga Komunista Iraultzailea (LKI-LCR, que antes fue LCR-ETA VI), la Liga Comunista (LC), el Partido del Trabajo de España (PTE, y antes Partido Comunista de España –Internacional–) y la Organización de la Izquierda Comunista (OIC-EKE)¹. Estos fueron los más importantes, aunque también existieron algunos otros más minoritarios.

A causa del fracaso generalizado del movimiento obrero, se dio una ruptura en la memoria de estas tradiciones re-

volucionarias. Se rompió el vínculo generacional y los comunistas de hoy en día ni siquiera conocen los lenguajes, los lemas o los modelos de organización de entonces. No obstante, en los últimos años estamos viviendo una época de florecimiento de movimientos políticos con carácter de clase. Se está produciendo el renacimiento de la llama revolucionaria y el conocimiento de las culturas rebeldes del pasado puede serle útil al movimiento socialista actual. Pero no me entendáis mal: el objetivo no es copiar acríticamente la cultura y la estética obrera de aquella época, eso sería puro folclore. Las culturas revolucionarias de aquel entonces respondían a las necesidades de la época y los movimientos sociales actuales necesitan otros recursos propios de esta época. Pero para crear nuevos recursos propios, podría ser enriquecedor recuperar el pasado del movimiento obrero y de los movimientos sociales.

¿CÓMO Y DE DÓNDE SURGIÓ LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA?

Hacia el final de la década de los 60, los movimientos emancipadores de todo el mundo experimentaron un gran impulso. Se agudizaba la intensidad de la lucha de clases, los países del Tercer Mundo estaban alzándose y parecía que en cualquier rincón del mundo se podían conseguir cambios sociales profundos. En plena Guerra Fría, el capitalismo y el socialismo se hallaban en una intensa competencia, y la mera existencia de la Unión Soviética, aunque criticable para muchos, abría posibilidades para la transformación social. Así pues, este proceso general de radicalización internacional se conoce actualmente como el *Largo 68* o el *Segundo Asalto*



Durante el ocaso del franquismo, en la oposición antifranquista de Hego Euskal Herria se crearon algunos partidos comunistas de carácter revolucionario



El origen de todos estos partidos se remonta al final de la década de los 60, y su momento álgido fue durante los años clave de la transición, es decir, de 1975 a 1977

Proletario a la Sociedad de Clases.

Al mismo tiempo, en esos años de posguerra, la economía capitalista estaba inmersa en el mayor crecimiento económico de su historia. En un principio, con motivo de la dictadura franquista, España se quedó al margen de la situación del resto de Europa: estaba sumida en la recesión económica y el aislamiento político. Pero la situación comenzó a cambiar a mediados de la década de 1950, debido a los acuerdos comerciales con Estados Unidos y al Plan de Estabilización de 1959. El impulso industrializador denominado Desarrollismo revolucionó la estructura económica de Hego Euskal Herria, sobre todo en las provincias del interior, donde Álava y Navarra vivieron una auténtica revolución industrial. Aquel crecimiento económico se basó en el capitalismo de modelo fordista y modificó por completo la naturaleza y composición del proletariado.

A consecuencia de estos profundos cambios socioeconómicos, se produjo el éxodo rural y la proletarianización de numerosos campesinos, lo que provocó la creación de una nueva clase obrera. La clase obrera se componía en su mayor parte de personas jóvenes y no tenía relación directa con las tradiciones izquierdistas de preguerra. Pronto, junto con el nuevo modelo del capitalismo, se formaron nuevas relaciones entre empresarios y trabajadores y se abrió un nuevo período de conflictos laborales, sobre todo desde la aprobación de la Ley de Convenios Colectivos de 1958. En este contexto, los trabajadores crearon una nueva identidad (es decir, una nueva subjetividad o un nuevo nosotros) a causa de vivencias padecidas y compartidas, como por ejemplo, experiencias de explotación, necesidades económicas, luchas colectivas, etc. De este modo, aquella clase obrera tomó conciencia y se constituyó como sujeto histórico².

Pronto, la clase obrera tomó conciencia y creó instrumentos eficaces para la defensa de sus intereses: la solidaridad de clase y las Comisiones

La corriente política de la izquierda revolucionaria surgió, por tanto, para responder a esa nueva realidad de la lucha de clases, en ese contexto de radicalización internacional

Obreras (CCOO, que eran organizaciones obreras unitarias de base y no el sindicato burocrático que hoy conocemos)³. La corriente política de la izquierda revolucionaria surgió, por tanto, para responder a esa nueva realidad de la lucha de clases, en ese contexto de radicalización internacional.

Como es sabido, la izquierda revolucionaria no fue una sola y unificada corriente. De hecho, grupos de diferentes referencias ideológicas (maoísmo, trotskismo, leninismo, hoxhaísmo, comunismo consultivo...) compitieron entre sí en un espacio político estrecho. En general, casi todas estas organizaciones procedían de uno o varios de los siguientes orígenes: el movimiento estudiantil radicalizado, en las escisiones producidas desde la izquierda del PCE (especialmente en España), en las corrientes obreristas de ETA y en los movimientos apostólicos cristianos radicalizados. En Euskal Herria los que más eco tuvieron fueron estos dos últimos.

Por un lado, la procedencia cristiana

de la izquierda radical tuvo su origen en la aproximación de sectores religiosos hacia la gente más oprimida, como consecuencia de la doctrina social de la Iglesia y del Concilio Vaticano II^o (1962-1965). El objetivo inicial de asociaciones como la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), la Juventud Obrera Católica (JOC) o Vanguardia Obrera Social (VOS) era trasladar el evangelio a los sectores más marginados de la sociedad. El papel de estas asociaciones fue impulsar espacios de socialización cristiana entre los trabajadores y, en principio, no hacían activismo político directo: ofrecían a los trabajadores formación profesional, formación espiritual y ocio barato. Todas estas actividades constituyeron un marco de socialización prepolítica para muchos obreros⁴. Pero pronto, numerosos miembros de estos movimientos se radicalizaron. Las organizaciones de apostolado obrero chocaron con las necesidades y la falta de libertad de los trabajadores, y despertó la conciencia social. Estas asociacio-



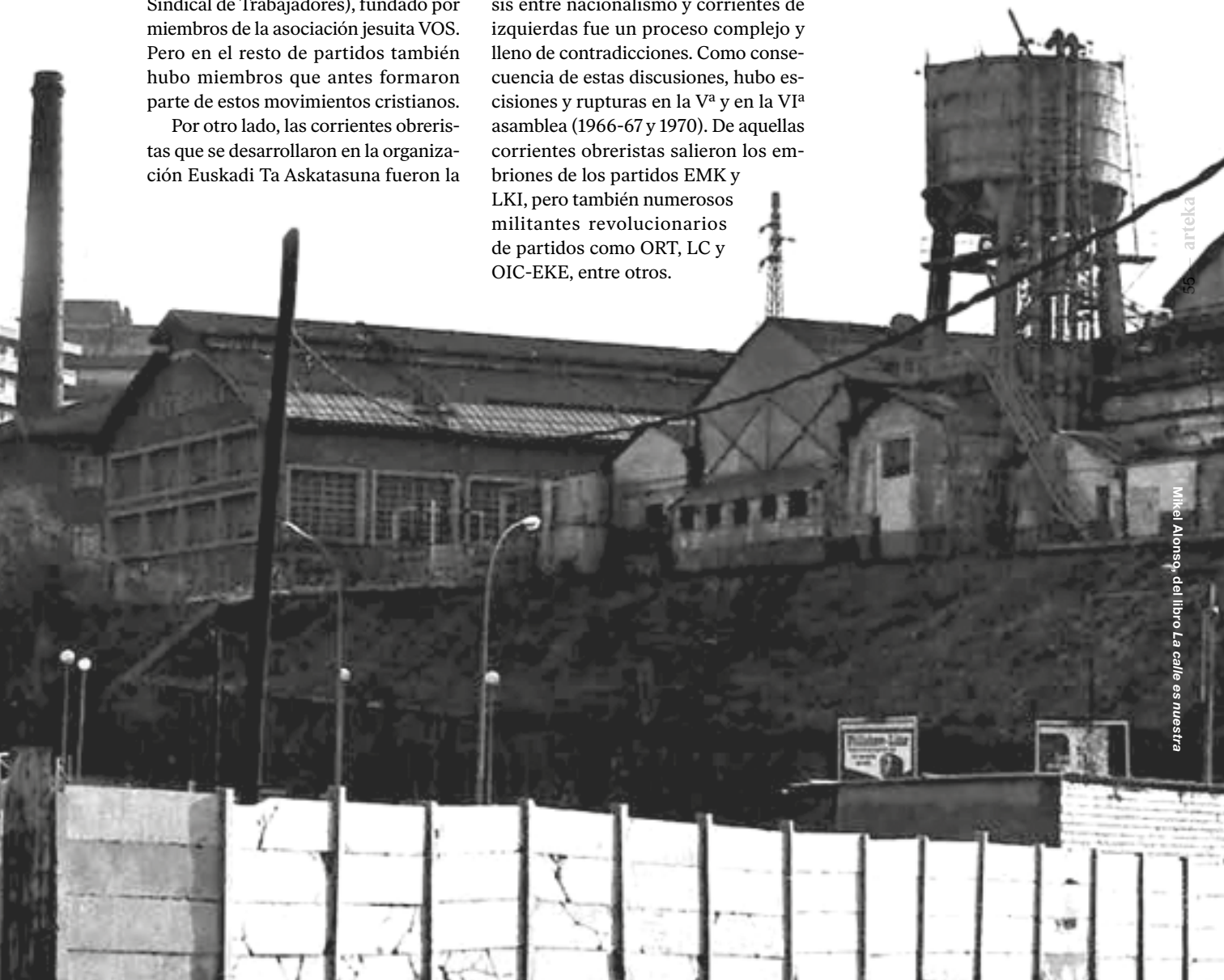
nes, que formaban parte del catolicismo social, permitieron la creación de la izquierda revolucionaria porque fueron el punto de encuentro y escuela de formación de muchos militantes. Además, como la Iglesia tenía facilidades legales, sus puntos de encuentro y recursos materiales sirvieron en los primeros pasos de la izquierda revolucionaria. Asimismo, mucha de la gente que pasó por las asociaciones cristianas o el seminario se convirtieron en militantes y cuadros de los partidos revolucionarios. El ejemplo más claro fue el del partido maoísta ORT, que tuvo su origen en el sindicato AST (Acción Sindical de Trabajadores), fundado por miembros de la asociación jesuita VOS. Pero en el resto de partidos también hubo miembros que antes formaron parte de estos movimientos cristianos.

Por otro lado, las corrientes obreristas que se desarrollaron en la organización Euskadi Ta Askatasuna fueron la

otra fuente importante de la izquierda revolucionaria de Euskal Herria. En los años 60 y 70 ETA fue vivero de comunistas. Los cambios demográficos y sociológicos generados por la rápida industrialización del desarrollismo también influyeron en el movimiento abertzale. Todo ello suscitó una reflexión en el seno de ETA sobre el nacionalismo, organización que desde la década de 1960 trató de unir nacionalismo e izquierdismo. Sin embargo, las huellas de doctrinas pasadas (nacionalismo esencialismo, desconfianza hacia los inmigrantes, etc.) seguían afectando a algunos sectores de ETA; la síntesis entre nacionalismo y corrientes de izquierdas fue un proceso complejo y lleno de contradicciones. Como consecuencia de estas discusiones, hubo escisiones y rupturas en la Vª y en la VIª asamblea (1966-67 y 1970). De aquellas corrientes obreristas salieron los embriones de los partidos EMK y LKI, pero también numerosos militantes revolucionarios de partidos como ORT, LC y OIC-EKE, entre otros.

ILUSIÓN REVOLUCIONARIA: CUANDO MIRARON CARA A CARA AL CAPITALISMO

En un principio, a finales de la década de los 60, era tarea difícil y ardua poner en marcha las diferentes luchas. Aunque eran tiempos de penurias y de falta de libertades, no era fácil movilizar a la gente, ya que el miedo y la represión pesaban demasiado. Pero en pocos años, la izquierda revolucionaria logró arraigarse en la oposición antifranquista de Hego Euskal Herria, principalmente en el movimiento obrero. Sus militantes organizaron y



promovieron Comisiones Obreras en numerosos centros de trabajo, y poco a poco fueron proliferando y extendiéndose las movilizaciones. A pesar de compartir referentes ideológicos y estratégicos, existía mucho sectarismo y división entre la izquierda revolucionaria. Por eso, se implantaron de manera fragmentada a lo largo del territorio, y fue habitual que en cada comarca predominara una corriente distinta. En la Comarca de Pamplona, Tolosaldea y entre los campesinos de la Ribera predominaba la ORT. La EMK tenía una fuerte presencia en Bizkaia, controlaba la corriente mayoritaria de CCOO en Gipuzkoa, y tenía una presencia destacada en Pamplona y Tudela. En el caso de la OIC-EKE, Gipuzkoa fue uno de los puntos fuertes estatales de esta organización (principalmente la zona de Oarsoaldea), donde participaba en el movimiento obrero a través de la plataforma Comités Obreros. LCR-LKI, LC y PTE también tuvieron una presencia destacada (pero variable según la región), así como otros partidos y asociaciones radicales más minoritarias. En Vitoria, en cambio, el desarrollo de los movimientos radicales fue tardío y autónomo, que estalló repentinamente a principios de 1976⁵. En Iparralde, por su parte, la izquierda radical francesa tuvo menos influencia que en Hegoalde, existían la Ligue Communiste Révolutionnaire (LCR) que era trotskista y *Révolution!*, semi-maoísta.

A diferencia de la mayoría de los territorios españoles, los partidos de la izquierda radical lograron encabezar las reivindicaciones de los trabajadores, muy por encima de la capacidad del reformista PCE, y lideraron exitosas movilizaciones de masas. Por ejemplo, el 11 de diciembre de 1974 MCE, ORT y las Comisiones Obreras de Gipuzkoa y Navarra (junto con el apoyo de CCOO de la Margen Derecha, ORT, MCE, LCR-ETA VI y LC) convocaron una huelga general en contra de la opinión de la Coordinadora General de CCOO y del PCE. Fue una movilización de gran éxito puesto que movilizó a unos

200.000 trabajadores de Gipuzkoa, Bizkaia y Navarra. Esta huelga puso de manifiesto la especial correlación de fuerzas que existía en Hegoalde entre el PCE y los partidos revolucionarios. Los partidos que se situaban a la izquierda del PCE mostraron que tenían fuerza, y quedó claro que se podían llevar a cabo movilizaciones exitosas sin el liderazgo del partido de Carrillo⁶. La izquierda abertzale, mientras tanto, tenía todavía una capacidad limitada para influir en el movimiento obrero. Debido al excesivo peso de la rama militar, la izquierda abertzale civil no se había constituido todavía, lo que le generaba dificultades para relacionarse con sectores sociales más amplios.

Hasta 1977, la tendencia general de las movilizaciones fue ascendente: cada vez eran más multitudinarias y más exitosas. Además, se empezaron a introducir más elementos en las reivindicaciones de las movilizaciones, ya que se mezclaban diferentes tipos de convocatorias: desde las reivindicaciones de cada frente de lucha (vecinal, educativo o de las fábricas), pasando por los paros solidarios con otros centros de trabajo, hasta las de carácter estrictamente político o antirrepresivo. Todas las reivindicaciones, tanto las que eran cercanas y concretas como las que eran más generales, se hacían a la vez, porque todo se mezclaba. En consecuencia, había una actividad constante en las fábricas y como dicen algunos militantes de entonces: «no hubo ni un solo mes en el que cobráramos el salario completo».

La izquierda abertzale, mientras tanto, tenía todavía una capacidad limitada para influir en el movimiento obrero. Debido al excesivo peso de la rama militar, la izquierda abertzale civil no se había constituido todavía, lo que le generaba dificultades para relacionarse con sectores sociales más amplios



Archivo de la Transición



Además, contaban con la aceptación y el reconocimiento de amplios sectores sociales y los militantes sentían ese apoyo. Tomaron un papel dinamizador y organizador de luchas, pero no solo en el movimiento obrero, sino que también en otros movimientos sociales. El movimiento vecinal, por ejemplo, organizó luchas en torno a las necesidades de los habitantes de los barrios obreros para reclamar infraestructuras y condiciones de vida más adecuadas. Las militantes de la izquierda revolucionaria también jugaron un papel muy importante en el movimiento feminista, ya que fueron parte activa en la creación de las primeras asociaciones feministas.

Sin embargo, aunque fuera el elemento organizado más activo que

participaba en estos movimientos, el liderazgo y control de la izquierda revolucionaria sobre las movilizaciones era discutible. De hecho, muchas de las movilizaciones se producían de forma muy repentina e incontrolada, ya que el movimiento de masas tenía mucha autonomía. Sobre todo, en las respuestas a los ataques represivos, en las que las movilizaciones eran espontáneas y masivas, como las respuestas a la masacre de Vitoria (1976) o a las muertes en la Semana Pro-Amnistía (mayo 1977). Los partidos de la izquierda revolucionaria organizaban aquel movimiento de masas, pero no lo controlaban del todo.

En cualquier caso, a mediados de la década de 1970 las luchas surgían a borbotones, ya que en aquella época el ambiente sociopolítico parecía estar en

pleno proceso de ebullición. El movimiento obrero estaba muy activo y las organizaciones de clases disponían de herramientas eficaces (como la solidaridad de clase y las Comisiones Obreras) para llevar a cabo protestas y movilizaciones. Como consecuencia, por muy dura que fuera la represión, tenían un gran potencial reivindicativo. Durante estos años, además, gracias a esas movilizaciones exitosas, las rentas del trabajo crecieron por encima de las del Capital; es decir, la tasa de beneficio de los capitalistas empezó a descender por efecto de la presión obrera. Era tal la capacidad del movimiento obrero, que en algunos centros de trabajo se produjeron gestos de rebeldía e insubordinación (casi pequeños contrapoderes), ante los que a menudo la dirección no

A menudo la dirección no podía hacer otra cosa que someterse a las exigencias del movimiento obrero. [...] hubo momentos en los que la autoridad de los empresarios se vio comprometida y el orden social fue minado. Entre los militantes de la izquierda revolucionaria se extendió la sensación de que estaban ante una situación *pre-revolucionaria*

podía hacer otra cosa que someterse a las exigencias del movimiento obrero⁷. En aquella época era frecuente interrumpir la jornada de trabajo para celebrar grandes asambleas, en las que se reunían varios centenares de trabajadores. En alguna ocasión también solía ocurrir que la policía detenía a algún militante y todos sus compañeros se ponían en huelga; los empresarios tenían que rogar a las autoridades que lo pusieran en libertad para poder reanudar la producción. Como consecuencia de todo ello, hubo momentos en los que la autoridad de los empresarios se vio comprometida y el orden social fue minado. Entre los militantes de la izquierda revolucionaria se extendió la sensación de que estaban ante una situación pre-revolucionaria.

EN LO QUE SE REFIERE AL ESPAÑOLISMO

Entre la mayoría de los partidos de izquierda eran habituales el partidismo y el sectarismo, y discutían muy a menudo. Uno de los temas más importantes era el de la cuestión nacional. Los partidos de izquierda de ámbito estatal solían ser objeto de las críticas de la izquierda abertzale, acusada de ser españolista, sucursalista y estatalista; mientras que a los de la izquierda abertzale se les acusaba de nacionalistas pequeño-burgueses, chauvinistas o etnicistas. A pesar de las divisiones, cuando las circunstancias lo exigían, la unidad de acción se imponía y la mayoría de los movimientos revolucionarios actuaban de forma conjunta para las movilizaciones importantes.

En los últimos años del franquismo,

la cuestión nacional tuvo gran importancia y las reivindicaciones nacionales desempeñaron un papel destacado en el derribamiento de la dictadura. El relato nacional del franquismo y el modelo de organización territorial chocaban con los sentimientos y reivindicaciones de las naciones periféricas de España. En consecuencia, en la lucha contra el franquismo los símbolos vascos (euskera, ikurriñas, reivindicaciones nacionales...) adquirieron una connotación positiva, democrática y progresista. El antifranquismo y el izquierdismo se identificaron con el vasquismo y fue asumido por todos los movimientos de la oposición. Este proceso de identificación coincidió además con el Renacimiento Cultural Vasco (creación de las ikastolas, euskera batúa, literatura, Nueva Canción...).

Esta ampliación de la conciencia nacional probablemente no hubiera tenido lugar del mismo modo sin los debates de las Asambleas V^o y VI^o, ni sin la actuación de ETA. ETA contribuyó a radicalizar y endurecer el discurso general de la oposición y propagó la conciencia antifranquista y nacional. Aunque estas no pasaron a ser independentistas, el resto de las organizaciones de izquierda acabaron asimilando la reivindicación de la autodeterminación con el fin de que fuera más que un asunto puramente retórico.

Por el contrario, como se ha mencionado anteriormente, la izquierda abertzale no era capaz de influir en las movilizaciones de masas, y fueron los partidos de la izquierda revolucionaria de ámbito estatal los que tuvieron el mérito de incorporar la conciencia

nacional al movimiento obrero y a la oposición antifranquista. Además, realizaron una importante aportación, ya que contribuyeron a integrar esa connotación positiva y progresista de estos símbolos vasquistas en los territorios castellanoparlantes y entre los trabajadores inmigrados.

Sin embargo, la izquierda abertzale y la izquierda revolucionaria estatal tenían diferencias en torno a la cuestión nacional, sobre todo en cuatro cuestiones. 1) Los estatistas defendieron la autodeterminación mientras los nacionalistas priorizaban el lema de la independencia. 2) En cuanto al modelo organizativo, los estatistas eran las ramas vascas de los partidos españoles, algo que los nacionalistas consideraban una actitud «sucursalista». 3) Los estatistas querían un referéndum para esclarecer la vasquidad de la Alta Navarra. Para los nacionalistas, en cambio, dicha provincia era una parte indisoluble de Euskal Herria que no podía concretarse mediante una consulta. 4) Finalmente, tenían diferencias en torno a la lucha armada. La izquierda revolucionaria estatal cuestionaba la eficacia revolucionaria de la violencia de ETA, porque eran partidarios de un levantamiento revolucionario de masas y no del terrorismo «burgués-pequeño e individualista» de ETA.

Sin embargo, como ya se ha mencionado, la izquierda revolucionaria estatal participó activamente en las movilizaciones a favor de las reivindicaciones nacionales y del euskera. En los partidos que surgieron de las corrientes obreristas de ETA, la cuestión nacional siempre tuvo una gran



Si bien los partidos de ámbito estatal fueron menospreciados con el anatema españolista, hay que reconocerles que contribuyeron a extender las reivindicaciones a favor del euskera y la conciencia nacional









Mikel Alonso, del libro *La calle es nuestra*

Durante la transición, y ante el nuevo modelo de confrontación social, la izquierda abertzale logró convertirse en un referente del movimiento radical y rupturista, que se mostró como un movimiento que luchaba de la manera más eficaz y dura contra la nueva monarquía constitucional

importancia y existió una especial sensibilidad hacia el tema (sobre todo en la LKI –Liga Comunista Revolucionaria–, que provenía de ETA VI). En el resto de partidos, aun sin contacto directo con los movimientos abertzales, ocurrió de forma similar. La ORT fue probablemente el partido más reticente a la cuestión nacional; pero su base social –a diferencia de la dirección– se sentía muy identificada con las reivindicaciones nacionales vascas. También en Iparralde, la LCR mantuvo una actitud más positiva que el jacobino y centralista Partido Comunista Francés (PCF): se mostró a favor de la autodeterminación, apoyó las luchas de las naciones oprimidas y mantuvo una relación cordial con la izquierda abertzale⁸.

Por tanto, si bien los partidos de ámbito estatal fueron menospreciados con el anatema españolista, hay que reconocerles que contribuyeron a extender las reivindicaciones a favor del euskera y la conciencia nacional. Además, el origen de algunos partidos se situaba en Euskal Herria y, teniendo en cuenta todo el Estado, su punto fuerte (es decir, una parte importante de la militancia) se encontraba en Hego Euskal Herria. La izquierda abertzale consideraba que el marco más adecuado para provocar una revolución social era el de Euskal Herria, mientras que la izquierda revolucionaria estatal prefería el marco del conjunto de España. Pero aparte del debate sobre cuestiones tácticas, la relación entre ambas culturas políticas fue estrecha y se alimentaron mutuamente.

DECADENCIA Y CAMBIO DE TESTIGO

Como hemos dicho anteriormente, a finales de la década de 1960 y principios de 1970 los movimientos emancipadores dieron un gran paso y en ocasiones consiguieron poner en peligro el poder burgués e imperialista. Ante esta amenaza, la burguesía puso en marcha una contrarrevolución preventiva, para lo que aprovechó la depresión económica provocada por la Crisis del Petró-

leo de 1973. En los años siguientes se dejó atrás el modelo de acumulación fordista-keynesianista y se implantó el modelo neoliberal, que supuso la recuperación de la tasa de beneficio de los empresarios y el declive del movimiento obrero. El coste de la crisis cayó sobre los trabajadores y las nuevas relaciones sociales supusieron el fracaso del movimiento obrero.

Este cambio de tendencia general de la lucha de clases atrapó a Euskal Herria en plena transición. Aunque a menudo se olvide, hay que tener presente que el franquismo era un régimen con carácter de clase. Los objetivos fundacionales de la dictadura fueron detener el impulso del movimiento obrero y asegurar el beneficio de la burguesía. Pero a mediados de los 70, la dictadura dejó de serle útil al capitalismo; debido a la presión de los trabajadores, a la crisis económica y a la deslegitimación de las instituciones franquistas. Entonces, el Gobierno improvisó un final controlado de la dictadura a través del pacto social, para buscar nuevos apoyos sociales que aseguraran la aceptación del sistema capitalista. Hacía falta un nuevo modelo de crecimiento que asegurara los beneficios de los empresarios y que a cambio de su implantación ofreciera reconocimiento legal y participación pública a la oposición. La oposición moderada (PSOE, PCE, PNV...) dio por bueno el nuevo marco de la monarquía constitucional.

Con todo ello, se abrió un nuevo período de lucha de clases. Se apagó en ese momento la chispa revolucionaria del Largo 68, justamente porque la puerta de las expectativas revolucionarias se había cerrado. Asimismo, comenzó el declive de la clase trabajadora y los sindicatos tuvieron que adoptar una actitud más defensiva que ofensiva. Además, fue entonces cuando emergieron nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, liberación sexual, pacifismo...) con otros lenguajes, objetivos y modelos de lucha. En consecuencia, la centralidad que hasta entonces había tenido el obrerismo en

los movimientos sociales se difuminó.

En este nuevo contexto, la izquierda revolucionaria de ámbito estatal dejó de ser efectiva y vivió una grave crisis. Se trataba de una cultura política muy fragmentada que en la transición no supo presentar un programa conjunto y coherente. Además, aunque en algunos momentos parecía que podía producirse una ruptura revolucionaria, la mayoría de la sociedad optó por opciones moderadas. En pocos años, perdieron mucho apoyo social y obtuvieron resultados electorales modestos. Sus numerosos militantes y simpatizantes vivieron la situación como un gran «desengaño»⁹. Esta tendencia se notó en la mayoría de los partidos revolucionarios europeos, y aunque los ecos de los gritos de rebeldía se escucharon a lo largo de la década de los 80, el movimiento decayó progresivamente.

Pero, aquella fuerza rebelde no desapareció del todo y ni tampoco de golpe. Quedaron focos de resistencia en algunos lugares, vinculados sobre todo a las reivindicaciones nacionales: Euskal Herria e Irlanda fueron los más destacados. Durante la transición, y ante el nuevo modelo de confrontación social, la izquierda abertzale logró convertirse en un referente del movimiento radical y rupturista, que se mostró como un movimiento que luchaba de la manera más eficaz y dura contra la nueva monarquía constitucional. En poco tiempo, Herri Batasuna consiguió atraer hacia sí a muchos de los que hasta entonces habían sido seguidores de la izquierda revolucionaria de ámbito estatal. El nacionalismo funcionó como refugio de muchos revolucionarios.

El surgimiento de esta nueva fuerza sorprendió a los partidos de la izquierda revolucionaria estatal que en algunos momentos estuvieron sin rumbo claro. Además, hubo algunos errores tácticos que perjudicaron seriamente a algunos de estos partidos. La ORT, por ejemplo, a vista de los malos resultados en las elecciones y con el objetivo de atraer más votantes, intentó dar una imagen de moderación, lo que le llevó

Los partidos de la izquierda revolucionaria fueron una de las formas que adoptó la lucha de clases en Euskal Herria y al mismo tiempo la variante local de la ola revolucionaria del Largo 68

a pedir el voto a favor de la Constitución española de 1978. Pero esta decisión que tomó la directiva estatal fue la perdición del partido, sobre todo en Euskal Herria. Sus bases sociales estaban muy identificadas con la cuestión nacional y las reivindicaciones antirrepresivas, y no vieron con buenos ojos dicha decisión.

El resto de partidos radicales no pudieron resistir ante la capacidad de atracción de HB y la izquierda abertzale. La sección vasca del PTE, en su Iª y IIª Conferencia Nacional (1978 y 1979) aceptaron las consignas del marco autónomo de lucha de clases y la reivindicación de la independencia. PTE y ORT, con el fin de hacer frente al declive que sufrían, intentaron llevar a cabo un proceso de unión entre 1979 y 1980. Pero fue un fracaso y ambos partidos desaparecieron al poco tiempo. Sus militantes se dispersaron en distintas direcciones: una gran parte fueron a la izquierda abertzale o a nuevos movimientos sociales, otros —la directiva de la ORT entre ellos— al PSOE y otros muchos abandonaron la política. En cambio, EMK y LKI continuaron más tiempo. Durante la década de 1980 orbitaron alrededor de HB y pudieron sobrevivir gracias a los nuevos movimientos sociales. Se convirtieron en plataformas especializadas en la promoción del feminismo, la insumisión o el ecologismo, pero ya lejos de ser partidos leninistas dispuestos a tomar el poder por la fuerza.

CONCLUSIONES

Los partidos de la izquierda revolucionaria fueron una de las formas que adoptó la lucha de clases en Euskal

Herria y al mismo tiempo la variante local de la ola revolucionaria conocida como el Largo 68. A pesar de haber cometido errores y tener contradicciones, formaron un amplio y rico movimiento de izquierdas, bien arraigado en el movimiento obrero. Aquel movimiento no era un mero antifranquismo, no tenían como objetivo participar en la democracia parlamentaria. Diseñaron estrategias revolucionarias centradas en el socialismo y en la lucha de clases con el fin de lograr profundas transformaciones sociales. A través de las movilizaciones, hicieron una contribución de valor incalculable al desgaste del franquismo y obtuvieron numerosas victorias parciales en varias luchas sectoriales. Resultado de las luchas de entonces son muchos de los derechos (el famoso Estado del bienestar) que hasta la crisis de 2008 teníamos como imprescindibles.

Sin embargo, el proyecto fracasó. Aunque desde la perspectiva actual parezca una ilusión, aquel fue el último intento serio, al menos hasta el momento, de provocar una revolución social. Para algunos sectores de la sociedad, por momentos pareció que era posible. En este sentido, es cierto que existió una intensa pugna por la hegemonía social entre la élite burguesa y el «movimiento vasco radical de masas», lo que dificultó la implantación de la monarquía constitucional. A lo largo de la década de 1980 el Estado tenía todavía graves problemas para lograr legitimidad social en Euskal Herria. Pero no se produjo un contexto prerevolucionario, al menos no como pensaba la izquierda revolucionaria.

A pesar de la derrota y de la ruptu-



ra generacional, el impacto de todas estas luchas ha llegado hasta nuestros días, marcando el carácter rebelde de los movimientos sociales actuales. Aún se encuentran entre nosotros muchos militantes de aquel entonces, entre los organizadores del movimiento de los pensionistas de los estos últimos años, por ejemplo, encontramos a tantos y tantos ex maoístas o ex trotskistas de entonces. Como se ha dicho al principio, aquella cultura política ha sido criticada con dureza, en mi humilde opinión, de forma excesivamente tajante e injusta. A pesar de su corta experiencia, formó una rica tradición revolucionaria de nuestro pasado reciente. /



Mikel Alonso, del libro *La calle es nuestra*

REFERENCIAS

1 Obra de referencia para el Estado español: WHILHELM CASANOVA, Gonzalo: *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición (1975-1982)*, Siglo XXI, Madrid, 2016.

2 Proceso de creación de la clase trabajadora: PEREZ IBARROLA, Nerea, *Langileria Berri Baten Eraketa. Iruñerria 1956 -1976*, Nafarroako Gobernua, Iruñea, 2017.

3 IRIARTE ARESO, Jose Vicente, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Departamento de Educación, Cultura, Deporte y Juventud, Iruñea, 1995. IBARRA GÜELL, Pedro Ibarra, *El movimiento obrero en Vizcaya (1967-1977). Ideología, organización y conflictividad*, EHU, 1987.

4 PEREZ IBARROLA, Nerea, *Langileria Berri Baten Eraketa...* 264-267.

5 CARNICERO HERREROS, Carlos, *La ciudad donde nunca pasa nada. Vitoria, 3 de marzo de 1976*, Eusko Jaurlaritza, Gasteiz, 2007. ABASOLO, Jose Antonio, *Vitoria, 3 de marzo: metamorfosis de una ciudad*, Arabako Foru Diputazioa, Gasteiz, 1987.

6 ESCRIBANO RIERA, Daniel: «Las Jornadas De Lucha De Diciembre De 1974 En El País Vasco», Fundación Salvador Seguí-Madrid (Koord.): *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Editorial Descontrol, 595-608. IRIARTE ARESO, Jose Vicente: «Otoño caliente en Navarra. La huelga general del 11 de diciembre de 1974», *Geronimo de Uztariz*, 14-15 zbk. (1999), 105-121.

7 RODRÍGUEZ LÓPEZ, Emmanuel: *Por qué fracasó la democracia en España. La Transición y el régimen del '78*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015. ETXEZARRETA ZUBIZARRETA, Miren (Koord.): *La Reestructuración del Capitalismo Español, 1970-1990*, Icaria, Barcelona, 1991.

8 SALLES, Jean-Paul, *La Ligue communiste révolutionnaire (1968-1981)*, Instrument du Grand Soir ou lieu d'apprentissage, Presses universitaires de Rennes, Rennes, 2015.

9 BEORLEGUI ZARRANZ, David, *Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986)*, Postmetropolis Editorial, Madrid, 2017.

Publicado
EN ABRIL DE 2021
EN EUSKAL HERRIA

Coordinación y Redacción
GEDAR LANGILE KAZETA

Web
GEDAR.EUS

Redes Sociales
TWITTER **@ARTEKA_GEDAR**
INSTAGRAM **@ARTEKA_GEDAR**
FACEBOOK **@ARTEKAGEDAR**

Contacto
HARREMANAK@GEDAR.EUS

Suscripción
GEDAR.EUS/HARPIDETZA

Depósito legal
D-00398-2021

Licencia



arteka

Rupturas
en la
transición

daridad
XIGIMOS
MISION DE LOS
DIDOS Y UNA
TA DEFINITIVA
RA REIVINDICACION

na jarroo euskadi
tuto 7
noia

